

IMPRIMIR

NUEVA YORK, IDA Y VUELTA

HENRY MILLER

Querido Fred

Tomaré probablemente el "Champlain", el mismo barco con que llegué, porque es francés y porque zarpa un día antes de lo necesario. Llevaré las medias para Maggy... y cualquier otra cosa que se me ocurra. Todavía no me he decidido en cuanto a ir a la Villa Seurat, pero el Hotel des Tarrasses me conviene hasta en sus más mínimos detalles, porque está en el 13° "arrondissement" y no hay églogas. Fíjate bien que esté mi bicicleta. ¡Cómo voy a usarla! ¿Y por dónde anda mi fonógrafo? Llevaré algunos famosos éxitos de jazz, las canciones canturreadas y desfallecientes interpretadas por los tipos que no tienen testículos. (La canción popular de moda es: "I Believe in Miracles" (Creo en milagros). ¡Milagros! ¡Qué norteamericano! Bueno, mierda... te lo explicaré detalladamente cuando nos veamos y tenga a mano una buena botella de vino, un vino suave y caro. Aquí no hay nada más que productos de vendimias californianas o tintos gringos, que son asquerosos. No hay más remedio que "alkalizarse" todos los días... También esto te lo explicaré más adelante).

En resumen, Joey, ¿qué vamos a hacer para vivir, eh? Ya pueden darme vuelta, que no saldrá la solución. Pero de todos modos pienso que viviremos. Como quiera que sea, voy... El judío que editó mi "Glittering Pie" en aquel revolucionario Programa de Baile se vengó de mí titulándolo: "Vine, vi, escapé". Los expatriados son mala palabra para los norteamericanos, en especial para los comunistas. Me he hecho odiar de todo corazón en todas partes, salvo entre los estúpidos gentiles que viven en los alrededores y le meten con gran entusiasmo a la bebida los fines de semana. Con estos individuos canto, bailo, silbo, me divierto la noche entera. No tengo nada en común con ellos, aparte del deseo de divertirme. Saber divertirse es cosa desconocida aquí. Por lo general todo se reduce a hacer mucho ruido. En Manhasset, una noche Emil y yo, bailamos el cake-walk tal enérgicamente que Emil se dislocó un testículo. Fue una noche maravillosa en que la borrachera nos dio serenidad. Al finalizar la velada me senté al piano y, aporreando todas

las teclas equivocadas, ejecuté como sólo podría hacerlo Paderewski si estuviese borracho. Destrocé algunas teclas y me rompí todas las uñas de los dedos. Me llevé a la cama un sombrero mejicano de casi un metro de ancho. Por la mañana me encontré en el dormitorio del chico y a mi lado tenía una máquina de escribir de goma dura en la cual no pude escribir, borracho como estaba. Hallé también un rosario y un crucifijo, dados como premio por la Sociedad de la Medalla Milagrosa, de Germantown, Pensilvania. Comportaban "indulgencias para una muerte feliz y el camino de la cruz".

He tenido muchísimas experiencias curiosas, pero pocas alegres. Cuando llegue de vuelta a París recordaré las noches pasadas sentado en canapés de estudios donde todos halaban pomposa y despiadadamente acerca de las condiciones económico-sociales... con intervalos crueles de Proust y Cocteau. (¡Hablar de Proust o Joyce hoy en Estados Unidos es estar completamente al día! Algunos preguntan melifluamente: ¿Qué es toda esa charla insulsa sobre surrealismo? ¿Qué viene a ser?" A lo cual yo generalmente contesto que surrealismo es cuando uno mea en la cerveza de su amigo y éste la bebe equi-vocado).

Conocí a William Carlos Williams la otra noche y pasé el rato más extraordinario con él en la casa de Hiler. Llegó Holty con dos cuñados, uno de los cuales tocó el piano. Todos se mamaron, inclusive Lisette. Justo un momento antes de que todos perdieran el conocimiento, alguno gritó "¡todo arte es localista!", lo cual precipitó un alboroto. Desde ahí en adelante nada es claro. Hiler estuvo sentado en calzoncillos, con las piernas cruzadas y tocando "Believe it, Beloved" (Créelo, amado), otro éxito de la temporada. El portero vino y armó un escándalo; había sido aviador de las tropas de Mussolini. Llegaron después las Hermanas Dockstadter, que escriben para revistuchas infames. Más tarde apareció Monsieur Bruine, que ha vivido 39 años en Estados Unidos y parece exactamente un francés. Está enamorado de una rubia deslumbrante de los Vanities. Desgraciadamente, ella se emborrachó a tal extremo que le vomitó encima mientras la tenía sentada en sus rodillas. Ahora está curado de ella.

Menciono estos pequeños detalles porque sin ellos la escena norteamericana es incompleta. Por todas partes hay borrachera y vómitos, o roturas de ventanas y fracturas de cabezas. Recientemente, en dos ocasiones me he salvado por poco de que me partiesen el cráneo. La gente anda por las calles de noche achispada y buscando bronca. Se te aparecen inesperadamente y te invitan a pelear... sólo por el divertido hecho de pelear. Debe ser el clima... y la máquina. Las máquinas los están enloqueciendo. Ya nada se hace a mano. Hasta las puertas se abren mágicamente: al acercarte, pisas un pedal y la puerta se abre para que pases. Es alucinante. Están además los específicos. Laxantes para el estreñimiento (todo el mundo está estreñado) y Alka-Seltzer para disipar los vapores de las borracheras. Todos se despiertan con dolor de cabeza. Para el desayuno se toma un Bromo-Seltzer, con jugo de naranja y panecillos de maíz tostado, por supuesto. Para empezar bien el día tienes que alkalizarte. Esto se lee en todos los trenes del subte. Conversaciones a toda presión, acción rápida, dinero al contado, vivir hipotecados hasta los ojos, la prosperidad al doblar la esquina (¡está siempre al doblar la esquina!), no te preocupes, sigue sonriendo, créelo querido, etc., etc. Las canciones son maravillosas, sobre todo las letras. Delatan la incurable melancolía y optimismo de la raza norteamericana. Desearía ser extranjero y recibir todos estos mensajes sin estar preparado en absoluto. Hay una canción excelente que dice: "The Object of my Affection is to change my Complexion..." (El propósito de mi cariño es cambiarme la complexión ...). También la llevaré.

En varieté escuché el domingo por la tarde a la gitana Rose Lee cantando "Give Me a Lay!" (Métete conmigo en la cama). Tenía un léi hawaiano en las manos, y hablaba de lo que significaba una buena "lay" (encamada), y como hasta mamá se alegraría de que le hicieran eso de cuando en cuando. Decía que no tendría inconveniente en que le hiciesen ese en el piano, o en el suelo. Una encamada al estilo antiguo, si viene el caso. Lo curioso del asunto es que la sala estaba casi vacía. Después de la primera media hora uno se levanta como quien no quiere la cosa y se pasa a los asientos buenos de las primeras filas. Las mujeres que trabajan en cueros hablan con sus clientes mientras hacen el

número. El golpe de gracia llega cuando, luego de haberse despojado hasta del último pedazo de trapo de su ropa, les queda tan sólo una faja estrellada de la que cuelga delante una hoja de parra, a veces una barbita de mono, lo cual es divertidísimo. Al ir hacia los costados, sacan los trastes para afuera y se descorren la faja. A veces apagan las luces del escenario y ofrecen una danza del vientre con pintura luminosa. Es lindo ver los ombligos brillando como luciérnagas o como una refulgente moneda de medio dólar. Mejor aún es verlas sosteniéndose las tetas, sobre todo cuando esas tetas están llenas de leche. Luego por un parlante la voz de un idiota ruge: "¡Den una mano a las damitas, por favor!" O "ahora, señoras y señores, vamos a presentar a ustedes la más encantadora personalidad, recién llegada de Hollywood, la señorita Chlorine Duval del Casino de París". La tal Chlorine Duval es por lo general aerodinámica, con cara de ángel y una vocecita débil y aguda que apenas traspone las candilejas. Cuando abre la boca, ves que es medio imbécil; cuando baila, ves que es ninfomaniaca; cuando te acuestas con ella ves que es sifilítica.

Anoche fui al Hollywood Restaurant, una de esos colosales cabarets de esparcimiento en que te cobran un dólar y medio, sans vin, sans pourboire. Sin el menor entusiasmo observas una ristra de potrancas deslumbrantes, cincuenta o más, las rameritas más espléndidas del país, vacías como una cáscara de maní quebrada. Es una especie de salón de baile enorme, donde miles de personas comen al mismo tiempo, tomando como condenados, tragando bebida como bestias. La mayoría de ellos están como petrificados, con ojos que parecen escapárseles de las órbitas. Generalmente son de edad algo avanzada, calvos, estúpidos. Acuden a oír sentimentaloides canciones populares cantadas por sirenas que ya están envejeciendo. Sophie Tucker, la nota sensacional de la velada, se refiere cantando a un maricón con el cual se casó por error. Cuando dice: "¡Que te rompan el traste!", él responde: "¡Ahí me las den todas!". Sophie está muy gorda ahora y tiene venas azules, engalanadas con brillantes de 36 kilates. La anuncian como "La última matrona judía de sangre caliente". Una variedad que Estados Unidos no produce más. Las nuevas son perfectas; altas, de cintura larga, pe-

chos opulentos y cabezas huecas. Todas cantan con micrófonos, aunque sin ellos se las oíría exactamente igual. Hay un bullicio ensordecedor que, sin vino en el cuerpo, enferma y marea. Todas saben gritar. Les encanta. Se les desarrollan voces aguardentosas, duras, agrias, desvergonzadas. Hacen juego con las caras de bebés, los gestos automáticos, las acongojadas canciones de cuna. Una función colosal que debe costar una fortuna y lo deja a uno absolutamente frío, a pesar de los bustos excelentes que he mencionado hace un momento. Creo sinceramente que una pobre francesa enjuta y contrahecha que apenas tuviese una onza de personalidad sería la sensación. Tendría lo que los norteamericanos nombran siempre y nunca logran: tendría "ese algo". A Norteamérica le falta ese algo. Puedes pensar quizás que estoy amargado contra mi propia patria, pero que Dios me perdone si insisto en que ESE ALGO es lo que realmente le falta al país "Ellos" y "ese algo" van juntos, ¿me entiendes?

Y ahora, Joey, voy a contarte algo más de mis noches de soledad en Nueva York, la forma en que ando Broadway arriba y Broadway abajo, entrando en calles transversales y saliendo de ellas, mirando vidrieras y puertas, preguntándome siempre cuándo sucederá el milagro y si sucederá. Y nada pasa nunca. La otra noche entré en un salón de lunch al paso, un infame salón de la parte Oeste de calle 45, frente a la Blue Grotto. Un buen ambiente para "Los asesinos". Conocí algunos pájaros de cuenta bastante pendencieros, todos de cutis cetrino y de peludas cejas. Caras que parecen cráteres hundidos. Ojos dementes y taladrantes que lo perforan a uno y lo estudian como si fuese carne de caballo. Había unas cuántas putas de la Sexta Avenida junto con algunas de las coristas más sorprendentemente hermosas que has visto alguna vez. Una de éstas se sentó a mi lado. Era tan bella, tan fascinante, tan fresca, tan virginal, tan ofensivamente Palmolive en todos los aspectos que me dio vergüenza mirarla resueltamente a los ojos. Sólo le miré los guantes, que eran porosos, hechos de fina seda. Tenía cabello largo y trenzas sueltas ondeantes que le caían casi hasta la cinturas Estaba sentada en un taburete alto y pidió un sandwich minúsculo con un cafecito en un recipiente especial, que se llevó a su sitio

para mordisquearlo con gran deleite. Al parecer, todos los tipos de avería la conocían: la saludaban muy familiarmente, pero respetuosamente. Podría haber sido "Miss América, 1935". Te aseguro que era un sueño. La miré furtivamente mediante el espejo. No se me ocurría pensar que alguien se acostase con ella como no poseyese una varita mágica. Tampoco podía suponer que hiciese de bailarina profesional. Ni la imaginaba capaz de comerse un enorme bife jugoso con hongos y cebollas. Ni yendo al cuarto de baño, a menos que fuese para aclararse la garganta con unos carraspeos. Me parecía imposible que tuviese vida privada. Sólo puedo figurármela posando para una tapa de revista, erguida perpetuamente con su cutis Palmolive y sin sudar jamás. Me gustan más los "gangsters". Estos chicos van a todas partes en aeroplano y trenes platinados y aerodinámicos, más ligeros que el aire, con aire acondicionado. Son los únicos que en Estados Unidos gozan de la vida, mientras se puede. Los envidio. Me gustan las camisas que usan, las corbatas chillonas y los cortes de pelo llamativos. Vienen fresquitos del lavadero y matan vestidos con lo mejor.

Lo contrario de esto es la vida suburbana. Manhasset, por ejemplo. La cuestión es descubrir la manera de pasar el tiempo los fines de semana. Los que no juegan al bridge inventan otras formas de diversión, como ver mediante agujeros en las paredes, mujeres desnudas entregadas a sus cosas íntimas, parejas dedicadas a un fregado sexual u otras cosas peores. Me llevaron al subsuelo de la casa de un importante director de agencia de publicidad y pasaron algunas escenas cinematográficas obscenas. No una película armada, sino pedazos de esto y de aquello, casi todo asuntos sucios. Ves una mujer echada en un canapé y un hombre que le pasa una mano por la pierna, hacia arriba; luego adviertes que el vientre se le estremece y entonces descubres que detrás de ella hay otro hombre que tiene los pantalones bajos y se lo está empujando. Después te pasan un primer plano de una vulva (una vulva y nada más) y observas cómo se abre igual que una ostra para tragarse el largo pene de un hombre que tiene en la cabeza un sombrero hongo. Una cosa detrás de la otra, sans suite. Luego los hombres suben y manosean a las mujeres. Les gusta desnudarse y bailar los fines de sema-

na. Cambiar esposas. No saben qué hacer de sus vidas luego de una semana de trabajo intenso en la oficina. Por lo tanto, el auto, la botella de whisky, alguna vulva extraña, un artista si es posible. (Yo, por ejemplo, la pegué en grande porque "era tan original". A veces, cuando se te considera tan poco respetuoso de las convenciones sociales, es un aprieto verte obligado a rechazar un traste selecto -el de la esposa del dueño de casa, pongamos por caso, tamaño 59 y redondo como una cuba. La esposa de Larry, por ejemplo, es un hipopótamo en miniatura que se pone celosa si bailas con cualquiera de las muchachas lindas. Se va y se enfurruña).

Permite que te cuente ahora lo que un hombre inteligente de los suburbios inventó la semana pasada para hacernos un obsequio. Cuando todos estábamos bien bebidos sacó un disco hablado por el Príncipe de Gales. Tuvimos que escuchar a aquel encumbrado y poderoso potentado (que a la sazón tenía diez y nueve años) diciéndonos lo que era el ideal de los ingleses. No hace falta que te aclare, Joey, que se trataba de eso que conocemos tanto, el "juego limpio". Un inglés jamás te atormenta. No, señor. Eran tres discos seguidos; sin duda tenía que ver con un aniversario importante o algo así. En mitad de la grabación me puse histérico y eché a reír. Reí, reí, reí. Todos echaron a reír, hasta el dueño de casa que, según descubrí después, se sentía muy ofendido. No, señor, un inglés nunca te atormenta. Se te duerme encima...

De acuerdo con Mademoiselle Bohy, la cual estoy de acuerdo en que tiene un trasero de caballo, ya no hay aquí más demanda de literatura francesa. Dice que los norteamericanos están desplazando a los franceses. La verdad es que ella se siente avergonzada de su propio país y procura convertirse en una norteamericana consumada. Me dijo: "Estados Unidos es país maravilloso para una mujer". Sí, pensé yo; para una vaca como tú que ya no tiene sex-appeal... Este es el paraíso terrenal de los derechos de la mujer. Este es un matriarcado. Un matriarcado de matronas gordas y viejas que tienen bigotes en las barbillas, un matriarcado de narices azules y vaquillonas lisas como tablas. Las mujeres están mejor en países donde se las supone mal tratadas.

Anoche Jack Brent vino a Nueva York con su Packard aerodinámico. Me llamó desde su departamemo en el Albemarle Hotel. ¡Habla el señor Brent! ¡Ahem! Levantamos una fulana en el camino y fuimos a cenar en Ticino. En la parte del sótano que da a la calle hay una mesa de billar en que los trabajadores se disputan un cierto alocado pozo común. Esto da atmósfera... para los artistas del Village que frecuentan el tugurio.

De todos modos, he aquí cómo iniciamos la cena la fulana, Jack y yo... Comenzamos con seis cócteles Martini; Brent insistió en que los trajeran todos juntos. Muy bien. Ahí estaban: los seis vasos mirándonos a las caras. Luego el menú. ¡Antipasto con biftec! ¡Aceitunas y macarrones! Mientras sorbíamos los cócteles, Brent pidió unas cuantas copas más, no fuera que nos quedásemos secos. Yo me aventuré a sugerir vino. El dijo que... ¡más tarde! Muy bien. Pedimos tres "sidecars" y dos "old-fashioneds". Un surtido ruin. Yo sentía apetito. Eran más o menos las 9.30 p.m. Hasta ese momento, sólo apio. Los cócteles se nos subieron a la cabeza y dijimos un montón de idioteces de borracho a intervalos. (Por ejemplo, un largo discurso de Brent acerca de una carta que yo le escribí en 1924; una carta en que lo ofendí, a él, Jack Brent, el hijo de un millonario. Ahora le gustó la carta. La enseñó a todos. Con orgullo a todo esto. Le gustaría que volviese a insultarlo un poco más... con tal de que lo hiciese delicadamente).

Cuando llegó la comida, pedí vino. Naturalmente, pedí vino tinto. A Brent no le gusta el vino tinto: dice que no sirve. ¡Cristo! Yo me preguntaba si vendrían más "sidecars" o alguna clase de mescolanza extraña. Pero no, llamó al mozo muy ostentosamente, recorrió la lista de vinos con la vista y se decidió por un Graves... ¡el mejor!; es decir, el de precio más alto. Dio la coincidencia de que era realmente bueno. Dejé los cócteles y los "sidecars" y me dediqué al vino. Al ver que me bebía toda una botella yo solo, Brent se enojó. Dijo que quería beber vino él también. Le serví un vaso. La mujer sólo bebió un poco y apartó el vaso. Nunca en su vida había bebido un vaso de vino bueno. Por último, llamé al mozo. Era un gringo inteligente y parecía tener buen gusto. Lo invité a beber un vaso con nosotros. Se sirvió un vaso

bien lleno de Graves. Vi que Brent parpadeaba. Cuando pedía vino para mí, no lo hacía con el fin de que yo se lo metiese al mozo en el gañote. Pero en el gañote entró. ¡Hurra! Esto me animó un poco. Me gusta ser cordial con los mozos.

Luego del bife y las radichas, los macarrones, los "sidecars", los "gin fizzes", los whiskies amargos y qué sé yo qué otras cosas, tomamos algo de coñac. Brent quiso nada menos que coñac Napoleón. Ingerimos el coñac y fue como fuego. Estábamos parados sobre nuestras patas traseras, reculando para irnos. Yo extraje un billete de cinco dólares, pretendiendo partir con él la cuenta, pero me lo apartó. La cuenta salió 18,00 dólares. ¡Procura imaginarte lo que es eso...! ¡\$ 18,00! Casi el sueldo de una semana. Estuvo fumando un cigarro durante toda la comida, y luego encendió otro, y cuando aquel se terminase, encendería otro con la punta del anterior. En fin, nos metimos en el Packard y emprendimos la marcha hacia Broadway. Las luces centelleaban como siempre y como siempre estaban maravillosas... y como siempre causan decepción cuando se está en medio de ellas. En el camino paramos en un bar, para beber una copita antes de atacar los salones de baile. Esta vez Brent hizo el pedido en francés. El barman, un irlandés gordo, lo miró con cara inexpresiva y preguntó en qué idioma estaba hablando. ¡Haz la prueba de pedir un "sidecar" en francés! O cualquier bebida fuerte. Bueno, pasado esto, descendimos unos escalones y nos encontramos en el Silver Slipper, donde según la propaganda no hay nada más que las coristas más hermosas del mundo para hacer los honores de la casa. Sí, hay mujeres medio desnudas, temblando a causa de la falta de clientes. Se iluminan eléctricamente en cuanto apenas uno entra. Entrar cuesta sólo veinticinco centavos de dólar. Salir cuesta más o menos 20.000 dólares. Anuncian "una pieza de baile por cinco centavos" y es bastante cierto, pero una pieza de baile dura alrededor de dos minutos o menos. La música no para nunca; apenas un pequeño knock knock cuando empieza una nueva melodía. Dando vueltas en la pista con una mujer cautivante no te das cuenta que se te pasan las piezas de baile. Es como el click de un taxímetro. De pronto, sin embargo, ella dice: "¿No quiere comprar otra tira

de boletos?" Una tira cuesta un dólar y, como digo, la consumes en unos ocho y medio minutos. A veces te pasas sentado una pieza, mientras tu compañera bebe una Coca Cola o un Jugo de Naranja, o quizás come un pastelito de banana. Como ya sabes, siempre tienen hambre y sed. Y nunca están borrachas. La ley no permite que en estos locales se venda ni cerveza. Está prohibido a la muchacha sentarse contigo en la mesa, únicamente puede estar a tu lado en el mostrador. Tiene que sentarse en la baranda metálica y agacharse para sorber su licor. Maravilla que las dejen fumar... o fornicar. La que yo elegí me preguntó muy inocentemente para qué había ido y contesté: "Bueno, para echarme uno de éstos con una buena mujer, naturalmente." Fingió haberse ofendido mucho y empezó a alejarse. Le dije que se fuera. Pero en vez de irse, se me pegó como una liendre.

Bueno, luego de haber consumido unos ocho dólares de dinero de Brent, malgasté un par propio. Después me aburrí. Todas esperan que alguien se acueste con ellas, pero quieren antes un poco de comida, un paseito y supongo que después de eso les gusta recibir algo de dinero como si fuese un soborno que se les paga, y entre un poco aquí y otro pico allá, un poco aquí y otro poco allá, bueno, lo más fácil es que el día esté amaneciendo en el momento en que todavía estás tratando de quitarles los calzones. Cuando salimos no recordábamos dónde habíamos dejado el auto. Siempre se lo tiene que estacionar a varias cuadras de Broadway, pues son tantos los coches puestos en fila. Dimos vueltas estúpidamente, recorriendo en ambos sentidos calles transversales en busca del Packard aerodinámico de Brent. Por último lo encontramos y cuando estábamos por acomodarnos dentro, apareció un vago con aires de matón que corrió en dirección a dos féminas que estaban recostadas contra una baranda. Sin decir agua va encajó un terrible puñetazo a una de ellas en la barbilla, le arrebató la cartera de las manos y vació el contenido en la calle. Luego le endilgó otro golpe para restablecer el equilibrio y se alejó. En este momento yo había trepado el auto. Me sentí nervioso e inquieto. Sin embargo, Brent, como un caballero, se agachó para levantar el dinero caído en el suelo. Después, con su máxima finura, se acercó a la mujer, le entregó el dinero y dijo: -Señora,

¿quiere que le pegue un golpe a ese tipo en su nombre? Lo haré si usted lo dice.

El individuo, a todo esto, ya casi estaba fuera de nuestro alcance. Como quiera que sea, la "señora" tomó el dinero, lo contó rápidamente y se puso a gritar: -¡Eh! ¿Por qué me hace esta porquería? ¿Dónde está el dólar que falta?

Brent se metió en el automóvil, puso en marcha el motor y entonces, en el preciso instante en que abría más el paso de la nafta, se asomó por la ventanilla y dijo, con toda su finura: -Señora... ¡vaya a hacerse dar por detrás! -le dijo.

Y nos alejamos.

Bueno, ésa fue la tercera de las noches más interesantes que he pasado aquí; ya podrás imaginar lo que fueron las demás. De las otras dos me he olvidado; pero sé que fueron tres. Joe acababa de llevarme a almorzar; estuvimos sentados tres horas o más, rememorando los días en que recorriamos a pie el Sur, juntos los dos. Me habló de una vez en que yo fui sacado de la estación ferroviaria de Jacksonville bajo amenaza reforzada con un caño de revólver, un incidente que tenía casi olvidado. Pero lo que recuerdo vívidamente (y recordaré toda mi vida) es el puntapié en el traste que me dieron cierto día en que yo estaba durmiendo en un banco del parque, en Jacksonville. ¡Nunca se lo perdonaré a la ciudad de Jacksonville! ¡Aún me duele el culo!

Bueno, estas reminiscencias sirven únicamente para hacerme recordar que debo decirte que aquí todo es igual y que llevaría una vida de perro si tuviese que depender de Estados Unidos para la inspiración. La razón de que te escriba esta larga carta es que hace diez días que no he podido escribir un solo renglón. Nueva York lo aplasta a uno. No se puede respirar. No es el ruido ni el polvo, el tráfico ni el gentío; es la espantosa chatura, fealdad, monotonía y uniformidad de todo. Las paredes te oprimen. Una es igual que otra y no hay anuncios de Pernod Fils, de Amer Picon, de Suze, de Marie Brizard ni de Zigzag. Están peladas y, en el caso de los rascacielos, son como enormes vías de ferrocarril paradas, que resplandecen metálicas, rectas como un pedestal rectangular; paredes interrumpidas por millones de ventanas, ilumina-

nadas aquí y allá como registros de órganos. Cuando caes bajo la influencia de un rascacielos es un maelstrom el que te atrapa. El viento se arremolina en torno a la base del edificio y falta poco para que te levante en vilo. Tú estás de pie contemplando boquiabierto esos edificios noche tras noche, semidivertido, semidisgustado, semiamedrentado, y dices "nuestro esto", "nuestro aquello", luego de lo cual te metes en una cafetería y pides un sándwich de jámón y una taza de café liviano y piensas en los ratos estupendos que no has pasado.

Te conté que pensaba escribir la parte final de un libro que se llamaría "Yo; el ser humano". Bueno, escribí unas seis páginas y abandoné. Tenía la sensación de no ser ya un ser humano. Soy apenas un bípedo, un animal que come y duerme. "Comio y dormio", como dicen los judíos. "Dormio bien", oyes que uno dice en la calle. O de pronto es un tipo que le dice a una mujer, a la plena luz del día, en la esquina de la 45ª y Broadway: "Voy a decirte ahora lo que debes hacer; Rosa... El sábado te vas a casa y te limpias bien, bien." ¡Así, eso mismo! ¿Pero qué es, entonces, el que anda por ahí: amigo o enema?

El otro día me aventuré a hacer una visita al teatro del Radio City. Joe durmió a pierna suelta toda la función. Tal vez esto y a te lo he contado; lo de los pulpos gigantes que flotan sobre un velo de gasa mientras tres mil coristas bailan el Liebestraum a una milla de distancia. Colosalmente colosal. El teatro propiamente dicho es magnífico, la última palabra en arquitectura moderna. Apenas toses se ventila... automáticamente. Por termostato. Una temperatura media de 22°C. invierno, primavera o verano. No se fuma. No se fuma en ningún sitio, salvo en los teatros de varieté. Lo más que puedes hacer es tirarte un pedo. Y, como dije antes, aun esto es inmediatamente evaporado por el aparato accionado a termostato... En el vestíbulo hay un pedazo de mosaico hecho por no sé quién, donde aparecen las musas. Han agregado tres o cuatro nuevas a las originarias. Nueve, entre ellas una de la Ingeniería, una de la Salud y otra de la Publicidad. Créase o no, querido. Todas las mañanas a las nueve y media en punto, el mismo speaker de radio anuncia el mismo aparejo de pesca vendido en Newark, Nueva Jersey, por un hombre que hace cañas de bambú y exactamente el

preciso aparejo ideal con una hermosa red que se entrega gratuitamente con sólo recortar el cupón de página 24 del Ladies Home Journal última columna y no olvide que el número de teléfono es Weehawken 238745 gentileza de la Genuine Diamond Watch Company, está escuchando el gong, marcará exactamente la media hora, son ahora las nueve y media en punto, hora oficial de la costa del Atlántico.

Bien, mañana presentaré solicitud para el pasaporte y donde dice "¿por qué quiere visitar Francia? contestaré, como hice la vez anterior, "por placer". o tal vez ponga: "Porque quiero volver a ser un ser humano." ¿Qué tal? Confío empezar mi próximo libro en el barco. Comenzará con mi vida en Nueva York de hace ocho o nueve años, iniciándose en el Orpheum Dance Palace la noche en que tenía 75 dólares en el bolsillo por primera vez en mi vida y decidí que eso me permitía una oportunidad y me la tomé. Lo voy a escribir con tanta sencillez y honestidad que mis nietos, si llego a tenerlos, lo puedan apreciar. Un relato largo, largo, y mi intención es consignar todos los detalles. Tengo por delante el resto de mi vida.

Llegaré en el "Champlain", a menos que te avise otra cosa. No he ganado un solo centavo, no he tenido un ápice de reconocimiento. Este es el país más grande que Dios ha hecho. Sobre todo el Gran Cañón. Uno de los dones más fantásticos dispensados a la humanidad es el chocolate escarchado con leche de Horlick. O el hermoso retrete de hombres de la Estación Pensilvania.

¿Si estoy contento de irme? No, contento, no; deliro. De ahora en adelante, ¡estará el 13° "arrondissement"!

Este es uno de esos días neoyorquinos increíbles en que te quedas en casa porque andas sin un cobre y llueve. Si la suerte te acompaña, como a mí, tienes un amigo que se llama Joe O'Reagan y se queda contigo y pinta a la acuarela mientras tú te impacientas y echas chispas. Lo esencial, cuando estás en Estados Unidos, es que siempre debes obedecer a la ley. Toma, por ejemplo, la máquina Conroy para romper botellas. Esta máquina, que se vende a 125 dólares f.o.b. dique o depósitos, te permite mantenerte dentro de la ley y al mismo tiempo eludir el peligro de cortarte una muñeca. Rompe botellas de licor con el sim-

ple accionar de la palanca de la parte superior; de ese modo, si allanan tu casa agentes de la policía federal, encontrarán que todas tus botellas están perfectamente bien rotas de acuerdo con la última ley idiota y te salvarás de una multa o un año de cárcel. Al lado justo de la Conroy Bottle Breaking Machine Company está el restaurante Suke-Yaki, que te ofrece comida japonesa a 65 centavos por cabeza. En la puerta puedes hacerte lustrar los zapatos por un negro que aboga por la paz. Lo anuncia: "Paz Mundial" en el cajoncito de sus útiles. No por eso cobra más la lustrada.

Un poco más allá está el "Rincón de los Poetas", un lúgubre local del Village donde se sientan poetas comunistas á mascar la grasa que se forma en una taza de clarucho café grasoso. Ahí es donde se fabrican los grandes poemas de América del Norte. Un poco más allá, en la misma calle, los venden a diez centavos cada uno. Puedes leerlos antes de comprarlos, pues están convenientemente clavados en el cerco, ahí en la esquina de la Plaza Washington y la Calle Thompson. La mayoría están escritos con lápiz y firmados por el autor, quien se rasca mientras tú lees. "¡Compre un poema, por favor!" dice con voz alegre. Por supuesto, si llueve no hay mercado. Entonces tienes que ir directamente al Rincón de los Poetas, en el sótano, a unas puertas más acá del antiguo hotelucho de June Mansfield, en la calle 31, donde solían congregarse "los jóvenes perversos". Debo reconocer que los pintores están un poco mejor. Sacan treinta y cinco o cincuenta, y hasta setenta centavos por un óleo. No tienen miedo a la lluvia, pues como sabes, el aceite y el agua no se mezclan.

¿Así que preguntas por qué te endilgo toda esta bazofia? Quieres conocer los precios de fantasía que se pagan por "Esquire", "Vanity Fair", etc. ¡Bueno, pregunta! Ningún poeta tiene cabida jamás en "Vanity Fair" ni en "Esquire". Estos órganos están reservados exclusivamente para hombres viriles como Hemingway y Joe Schrank. Son revistas de HOMBRES. Otra ventaja de estas revistas es el maravilloso sistema de cañerías que conducen a publicaciones afiliadas como Harper's, Vogue, Atlantic Monthly, etc., etc. Es como subir en un tranvía abierto y pedir combinación. O como pasar de un sueño húmedo a otro

y despertarte completamente fresco. Todo esto tiene que ver con lo que ahora te estoy por contar; es decir, con la forma de tratar a las serpientes. Debes saber que a Joe O'Reagan, cuando era niño, le daba fuerte por las serpientes. Vivía con su padre, Moncure, en un lugar de Virginia. De esto hablábamos los dos sentados en el bar de McElroy, de la calle 31ª, donde, después de la medianoche, puedes bailar con algunas de las más hermosas borrachas habituales que nos mandan de Irlanda. En la acera de frente al local de McElroy está el Hebrew National Restaurant, donde puedes ver la foto ampliada de una cena ofrecida por Lou Siegel a sus compañeros de juego Eddie Cantor, George Jessel, Al Jolson y los otros conocidos comediantes de extracción judaica. Para tu información, esto viene a ser justo en frente del Hotel Wolcott, actualmente famoso gracias a mi capítulo titulado "La sastrería", dedicado a la memoria de mi viejo y sus difuntos compinches: Corse Payton, Julian L'Estrange, Tom Ogden, Chucky Morton, y otros. El efecto de pasar por el Wolcott y mirar en dirección al Hebrew National, donde Eddie Cantor algo ampliado contempla con ojos de loco a George Jessel, no puede menos de considerarse horripilante. Esto es lo que ha ocurrido a la vieja y buena calle 31ª en el transcurso de una generación.

Pero, como digo, Joe y yo hablábamos de conchillas. Había unas cuantas de estas pechinas vacías en mi mesa escritorio cuando llegamos anoche. Entramos bastante faltos de fondos y descorazonados; y tuvimos que perder tiempo mirando un baile enfrente, en el Carroll Club. Los sábados de noche los obreros de la vecindad improvisan un baile; elegantes jóvenes de la West End Avenue y del Bronx concurren en sus limousines acabadas de pintar y se refriegan con las chicas detrás de las persianas que no obstruyen del todo la visión y a nosotros nos permiten contemplar desde el piso 23 de nuestra pequeña casa de departamentos. En Nueva York la pobreza está en gran escala, como todo lo demás. Por detrás de esta horrible pobreza se yerguen la esperanza y el coraje de 120.000.000 de tarados e idiotas que lucen el tatuaje de la doble águila del N.R.A. (National Recovery Administration - Administración de la Ley de Recuperación Nacional). Detrás de esto se yerguen las botellas vacías que la Conroy Bottle Breaking Machine

romperá por tu cuenta con lo mismo o menos que se paga por sepultarlas en tierra común. Por detrás de esto se yergue el piel roja que fue despojado y privado de todos sus derechos y que hoy está aburrido con sus enormes fundos y pozos de petróleo, y que pide a gritos ser tratado como si fuese blanco.

Llovía, como digo, y Joe y yo estábamos parados en la cigarrería de Whelan mirando cano otros nos miraban. Esta es la esquina de la estación que forman las calles 33^a, Avenida 6^a y Broadway. Bajo el elevado se erguía una figura extraña: un joven, vestido con pantalones de basto paño de algodón y camisa azul de seda, con un pañuelo rojo al cuello y un enorme sombrero en la bocha, inclinado por supuesto. Parecía esperar que parase la lluvia. Los dos, Joe y yo, teníamos en total 75 centavos y no sabíamos si trabar conversación con el juvenil cowboy o no. Por último le silbamos, y vino, denotándose sorprendido y receloso. Dijo que se había quedado dormido y, por lo tanto, llegó de Holyoke, Massachusetts, donde estaba el circo, y que era entrenador de perros pomeranos o algo así. Tenía en un bolsillo un par de espuelas de hierro, que nos enseñó bastante ufano. Explicó que las rodajas eran un poco romas, pero podían afilarse fácilmente. Agregó que deseaba llegar a la estación Grand Central, a fin de dar con la Sociedad de Ayuda a los Viajeros. Contó que era aquella la ciudad más grande en que había estado... tal como si pudiese haber en el mundo otra media docena de ciudades igual de grandes o aun mayores. Le preguntamos si le gustaba Nueva York. Manifestó que no podía decir nada porque sólo hacia media hora que había llegado y lo que buscaba era salir de allí. Lo llevamos al Mills Hotel, le dejamos pago el hospedaje por la noche y le indicamos cómo tenía que hacer para llegar al ferry de mañana.

Luego que nos separamos de él se me ocurrió pensar que aquella era la experiencia más interesante que yo había tenido aquí. Un bello ejemplar de muchacho, como suele decirse, de hablar cautivante, un animal atontado que se extravió del redil. Toda Nueva York poseída y regida por los impetuosos avaros judíos: un frío martilleo sobre tu cabeza de día y de noche; edificios horrendos, arrogantes edificios que te empujan de vuelta hacia el concreto; luces que parpadean locas, roja

para detenerse, verde para seguir; trajes en todas las vidrieras y un par de pantalones gratis si optas por esto... sanforizados, además, y que Dios me explique lo que esto quiere decir. Recuerdo que tomamos su sombrero "de diez galones", lo tocamos, le calculamos el peso, lo enrollamos, lo agregamos, nos lo probamos, miramos la etiqueta, preguntamos el precio, etc., etc. Aquel hombre y aquel sombrero representaban para mí un valor mayor que toda Nueva York; es decir, que toda la maldita ciudad y lo que significa... aun envuelta en papel celofán. Teníamos frente a nosotros otro de nuestra especie, un animal atontado, perdido y extraviado, que caminaba a pesar de la lluvia, que describía zigzags bajo el elevado, que esquivaba taxis, con su camisa azul desabrochada en el pecho, el cabello húmedo y brillante, la figura esbelta, sus diez y nueve años, los músculos de acero, ojos como los de un ciervo, manos duras, pantalón azul, los bolsillos cortados al sesgo. ¡Que me caiga muerto si no lo envidié! Regresaba directamente a Tennessee, donde todo era campo y no habría más circo. De mañana los vagos holgazanes le quitarán con artimañas hasta el último centavo y en una esquina contemplará impotente el ferry que le indicamos que tomase. Se llamaba Self. Will Self (1). Deseo que lo recuerdes. Es un magnífico nombre norteamericano. Me trae un distante recuerdo del "Ego y Uno Mismo", una abultada y gruesa exposición de anarquismo que leí en Chula Vista cuando me empeñaba esforzadamente por llegar a ser un vaquero yo también... sólo que las chinches no me dejaron.

Así, pues, estando sentados en el bar de McElroy, Joe empezó a recordar: Miami y el terrible tornado de 1927 o 28, apenas pasada la época de prosperidad. Me hablaba de una individua con quien había fornicado en la playa, debajo de un bote de remos, durante el ciclón. Justo cuando estaba a caballo encima de ella acudieron los voraces y alados insectos mordedores de Miami, llamados "de un galón" (una especie de mosquito muy abultado), y éstos se pusieron a clavarle las pinzas en el traste. Habló luego de la salida del sol en Cayo Hueso y a las formas de las nubes, una detrás de otra, grandes, en forma de globos, algunas como Buffalo Bill, otras como Sitting Bull, y todas de colores violentos. Estábamos de pie bajo una lámpara de arco voltaico

en St. Petersburg, retiro de ancianos, y súbitamente se pusieron a picarnos los mosquitos, millones y millones de ellos. Disputamos un partido de golf a diez y nueve hoyos, con los mosquitos que nos perseguían. Luego divagó sobre las diáfanas primaveras que surgen de la nada, los peces que comen en tu mano vistos a través de los botes con fondos de cristal. (¿Esto te recuerda un poco a Blaise Cendrars?) Mejor aún, cuando haces un agujero para que salga el agua, el agua desaparece y nadie sabe adónde va. El St. Johns es el único río de Estados Unidos que corre de sur a norte, es decir, cuesta arriba. De ahí que Ponce de León...

Pero fue estando con el viejo Moncure, cuando vinieron hacia el norte rumbo al Madison Square Garden, cuando Joe descubrió lo de las serpientes. Viajaban entonces con la feria. Y Joe dice (y yo acepto su afirmación) que las serpientes han sido molestadas de tal modo desde tiempo inmemorial, que cuando se las trata con un poco de ternura responden muy cariñosamente. Lo que Joe hacía comúnmente era dejar que corriese una coralina por su manga izquierda, hacerla pasar por la espalda del chaleco y bajar luego por la manga izquierda, para darle entonces de comer un huevo crudo. (Pregunté si no se acostumbraba descascarar el huevo antes, pero Joe me contestó que no). De todos modos, la coralilla sabe si un huevo está bueno o no. No le puedes dar un huevo en mal estado. Es limpia esa serpiente. No come basura, como los chinos herejes. No, señor. De cuando en cuando recurre al canibalismo, pero sólo teniendo mucha hambre. Lo que debe hacerse, cuando se pone así, es colocarle una coralilla joven, una cadet, en la misma celda. No pongas dentro una rata, pues la rata es capaz de matar a la serpiente. Joe acostumbraba esperar a que la serpiente grande engulliese a la pequeña. Cuando aquélla tenía sus mandíbulas clavadas firmemente en el cuello de esta última, Joe sacaba su navaja de bolsillo, cortaba un aro en torno al cuello de la serpiente menor y, mientras la grande la mantenía firmemente sujeta, le arrancaba la piel. Cuando das un huevo crudo a uno de estos reptiles, tienes que ofrecérselo en la cuenca de tus cinco dedos, como si fuese una taza. Esto encariña a la serpiente contigo, o a ti con ella. Una vez que ha tragado el huevo, la

serpiente escupe la cáscara. Creo que esto es la parte más maravillosa de lo que pasa con el huevo. Imagínate el festín. Primero traga el huevo entero, luego lo aplasta, después lo digiere y finalmente escupe la cáscara. Se me ocurre que cualquier hombre que quiera sinceramente hacerse amigo de una serpiente debería tomarse el trabajo de descascararle el huevo. O cocérselo a medias, por lo menos: Son pequeñas delicadezas que hasta una serpiente aprende a reconocer. Con mayor motivo desde que la serpiente no tiene otra manera de agradecértelo que poner los ojos en blanco.

Vas viendo que la paso fantásticamente bien en Nueva York. Como el otro día, por ejemplo, cuando fui a visitar el escenario de mi niñez, en Paradise Point. Tuvimos que ir y volver, comer, beber, darnos una ducha, todo en cinco y media horas. Hay un poco más de ciento sesenta kilómetros hasta Paradise Point. Apenas tuve tiempo para dar un rápido vistazo a la bahía, Peconic Bay, decir muy bien, orinar un poco, recoger algunos cangrejos muertos, y acomodarme de nuevo en el asiento trasero descubierto. Así se hacen las cosas en Norteamérica. Aun las cosas sagradas, tales como explorar El camino de Swann. Y ahí me tenías, cien por ciento Proust, recordándolo todo anticipadamente, tembloroso de los pies a la cabeza y traspirando, y de pronto estábamos allá, ¡así talmente! y ¡pim! como un relámpago, en marcha otra vez. Aquí es donde voy a presentar un nuevo punto de vista sobre el recuerdo y la niñez. Lo extraño de toda la excursión es esto: ¡que el lugar me pareció mejor aún, después de treinta y cinco años, que entonces! Debe ser uno de esos sitios que obedecen a la ley de Frankel: reviven más bellos, más maravillosos. Se rejuvenecen con el tiempo. Siendo yo niño, para mí aquello era simplemente la bahía Peconic, y además unas cuantas hermosas conchas de mar. Ayer o anteayer fue Capri, el Mediterráneo, Mallorca, Chipre, lo que quieras. El milagro es que nadie viene aquí. Los judíos no lo han descubierto. No hay más casas que hace treinta y cinco años. Ni más habitantes. Ni más criaderos de patos, ni granjas de ninguna otra clase. Algo raro y extraño hay en esto. Sobre todo en Norteamérica, donde las cosas crecen y se agrandan tanto de la noche a la mañana.

(Interrupción: Joe está tan emocionado con su acuarela, que pinta en las rodillas. Sólo nos ha quedado un pedazo de papel y trabaja afañosamente en el margen. Está reproduciendo un rincón de mi cuarto, que te mandaré por correo de tarifa reducida).

Y ahora, antes de abandonar el tema de Paradise Point, quiero contestar una pregunta que formulaste acerca de mi defecación. Si hay sangre, etc. De esto hablábamos esta mañana Joe y yo, cuando salimos para desayunar. Joe dice que no debemos prestar mayor atención a la materia fecal. Tenemos que despreocuparnos de eso. Dice que los naturales de Formosa pasan a veces tres y cuatro días sin hacer de cuerpo. Cuando sienten ganas, lo hacen. Lo hacen mediante la simple constricción de los intestinos, según explica Joe. Agrega que no necesitan ir al baño con regularidad. Lo que no es expelido inmediatamente, lo absorbe el organismo. El organismo lo necesita, o, de lo contrario, lo hubiese evacuado. Esto es una especie de lógica que yo respeto, que puedo entender. En el acto me siento mejor. No quiero decir que sufra estreñimiento. No, lo que me pasa es que tengo una rajadura o abertura en el conducto anal debida a lo delicado de las membranas. Luego de visitar al doctor Larsen y de que él me puntee las arterias con un aparatito, ya no me ocurre nada en absoluto, no sufro pérdidas de sangre ni siento mareos. Pero tengo que verlo cada seis meses más o menos para que repita el procedimiento. Supongo que terminaré teniendo por dentro una especie de estuco. A prueba de sangre y a prueba de fuego.

Joe acaba de terminar su acuarela del rincón de mi cuarto. Dice que está un poco fuera de perspectiva. También es un poco fraudulenta, pues no ha reproducido muy bien mi cuadro de una matriz. Ha puesto en cambio un florero con acianos azules. Dice que no le gusta pintar matrices; se pone nervioso. ¿Sabes que yo le hice poner marco a la matriz? Ignoraba que hubiese pintado una matriz hasta que vino el doctor Larsen y me lo explicó. Yo creí que estaba haciendo un autorretrato, o que lo había hecho. Pero no, el doctor Larsen me señaló los cuernos de la matriz y agregó: "tiene que haberlo copiado de mi viejo libro de anatomía". Larsen es de esos tipos que todo lo ven en términos científicos. Si vamos a un restaurante alemán, demuestra su tacto ha-

blando de todo el cianuro que cabe en un bolsillo, y explicando que con esa cantidad había suficiente para matar a Hitler y toda su camada. Cosas como ésta son las que hacen que el mozo nos vea con buenos ojos.

Varias horas de interrupción mientras ejercitamos las piernas caminando con la intención de "encontrar una cara amiga", alguien que nos preste un cuarto de dólar o medio dólar para comer. En este país no hay botellas de vino vacías que puedas devolver y te las paguen. Cuando te quedas sin un cobre, vale más que salgas y te ahorques. Y ahora, con el estómago un poco más encogido, voy a contarte algunas cosas acerca de Norteamérica...

Estoy pensando en lo bueno que es estar en la tierra y gozar justamente de salud, tener excelente apetito y todos tus dientes. Si alguna vez vuelvo a este país, me saltaré tranquilamente Nueva York e iré a las afueras despobladas donde no hay más que gente ignorante y adorable. Los intelectuales me dan cuatro patadas, igual que los artistas, los comunistas y los judíos. Nueva York es un acuario (quizás esto ya lo he dicho antes) donde no hay más que salamandras acuáticas, lombrices, viscosos meros de dientes sobresalientes, tiburones con peces pilotos a proa y a popa. Miras por las paredes de cristal y ves los monstruos abotagados navegando. De cuando en cuando ves una carpa, un esteostoma, o quizás un fice. Alguna vez un pez-payaso. Pero casi siempre son las salamandras, las babosas, y las morenas viscosas y resbalosas que se enroscan por las grietas de las rocas y se lamen sus propias colas. Cuando vas a la cafetería de Stewart, los ves entrando en muletas, casos de parálisis infantil que comen como un remero de bote. Grandes judi-peces de bocas que parecen fases de luna y tragan repollos enteros y el vómito seco que se ofrece gratis en el mostrador de los bocadillos gratuitos. Atravesando la calle 31ª ves el National Jewish Book Concern (Librería Nacional Judía), donde hay títulos como "Lo que hizo Danielito", cuentos para niñitos judíos. O "Platos kosher modernos": comidas que cumplen las leyes judías respecto de dietas. O "El mensajero del ghetto", donde se ve a Sol Slivovitz repartiendo mensajes de Western Union en el lado Este de la ciudad. O "Cohen

llega antes que nadie". O "Por qué soy judío", por un judío: O "La ciudad sin judíos"... ¡que me la enseñen! O "Chistes judíos", de Harry Hershfield... recopilados en "La Vieja Salamería". Esto me trae a la memoria la Playa de Seidler... Fue así... Todo el día habíamos estado en el campo comiendo y bebiendo, en la granjita del señor Richard. El señor Richard es un gentil con quien Boris y Cronstadt se pusieron en contacto previamente. Es decir, a fin de acampar en el terreno del señor Richard y hacer su picnic allí debieron simular interés en comprarle la granja, por lo cual deseaban saber si podría desocupar la propiedad en unos diez días, digamos. Como quiera que sea, cuando empezó a oscurecer comenzamos a descender en dirección al océano. Yo no tenía la más mínima idea del sitio en que estábamos, ni me importaba saberlo. Recuerdo que pasamos por New Brunswick sumidos en un estupor semibeodo, admirando su fascinación seudo medioeval. Lo que recuerdo a continuación es la Playa de Seidler y un gran casino dentro del cual no había nadie. Se veía el Océano Atlántico, millas y millas de extensión. Era ya de noche y yo estaba caminando por el paseo entablado de la orilla del mar, en un sentido y otro, a fin de quitarme de la cabellera el intelectualismo... Viene a ser esto, Joey. Toda la tarde estuvieron dándome la lata con la "lógica racial", un tema nuevo que Boris ideó después de su regreso de Alaska. Se trata de... enloquecerse. Toda la tarde estuvo quejándose porque yo no me vuelvo loco en vida, sino sólo en mis escritos. Le dije que no quiero enloquecerme... todavía. El replicó que tengo que aprender a vivir solo y separado. Le contesté "todavía no". Después todos nos quedamos dormidos corriendo por Red Bank, Skeonk y lugares del este. Paramos en seco frente a un poste de telégrafo y bajamos para mear. Había allí una encantadora pareja vieja que atiende una casillita donde expenden gaseosas y qué sé yo cuantas cosas. Sacamos las botellas de whisky y pedimos hielo y agua seltzer. La mujer, que a todo esto es imbécil, dijo que no tenía miedo de morir sola porque "quiero que me lleven pronto". Esto llamó poderosamente la atención de Boris, y por tal motivo demoramos en emprender el trayecto final hasta la playa de Seidler. Nadie sabe por qué se eligió la playa de Seidler; así se decidió y nada más. La pareja

de ancianos procura a nuestros nervios un gran descanso con su manera de ser idiotizada; nos trajeron aspirinas y Bromo Seltzer que mezclamos con el whisky y soda. Lo que procuro decirte, Joey, es lo espléndido que resulta ir a ponerse bajo las estrellas, sacudirse las telarañas del pelo, no oír nada, oler agua salada y mordisquear un fice. Muy tonificante y refrescante... viniendo después de la "lógica racial".

El casino de la playa de Seidler es limpio como diente de perro. Se advierte también claramente que no somos deseables... moi non plus, parce qu'avec ces gens-là pourquoi pas. On me prend pour un sale juif aussi. ¿Me entiendes? Advierto muy bien la indiferencia, pero a fin de no darme por enterado pongo una moneda de cinco en la ranura y mientras suena la música, me alejo displicentemente hacia el paseo entablado de la rambla aspirando hondas bocanadas de aire del océano. Dejo por cuenta de los otros pedir las cosas para el festín.

A fin de demostrar que han viajado mucho piden tres botellas de bacon -del bueno- y cuando llega bien frío a la mesa lo devuelven para que lo calienten un poco. Hacen preguntas acerca de la comida, si es buena o no, porque no transigen más que con lo mejor. Además, necesitan conocer el nombre de la camarera. Arreglado todo esto, Cronstadt con su manera juguetona se presenta como un poeta y Boris es un editor. En cuanto a mí, también se deja sentado que soy alguien, sólo que no oigo o finjo no oír, pues no deseo que se me confunda con poetas ni editores de esa calaña. La comida es una mezcla de lógica racial y repollo rojo. Boris habla de lógica racial y contactos. Cronstadt ríe de tal modo que le resbalan lágrimas por la cara. No sé por qué están riéndose en esa forma. Noto que la camarera nos mira con ojos que echan chispas: compruebo que no somos gratos. De pronto Jill se acuerda de que no había hecho pis desde que estábamos en la casa del señor Richard, en vista de lo cual sale a la playa y se pone en cuclillas en la arena. Fuera se ven las estrellas y hay balandras y fragatas ancladas, junto con las dragas y los cazasubmarinos. No puedo creer que frente a mí haya tres botellas de Macon. Teniendo esas tres cordiales botellas que me miran a la cara debería estar en Francia; en cambio, estoy con tres judíos locos que hablan de lógica racial y repollos rojos.

Supongamos ahora que yo estuviese con tres gentiles: por ejemplo, Emil Schnellock, Joe O'Reagan y Bill Dewar. Y supongamos que todos hubiésemos aprobado satisfactoriamente los exámenes de la escuela elemental. ¿Piensas que con tres botellas de Macon delante nuestro y las olas que rugían en las rompientes afuera, bajo el cielo estrellado, pasaríamos la noche hablando de lógica racial y repollos rojos? ¡Yo, no! Me figuro que a esta hora estaríamos cantando, y tal vez un poco después saldríamos a mirar las estrellas. Me figuro que si hubiésemos sido tres gentiles, habría habido una pared de almejas de un metro de altura todo a lo largo del frente oceánico y las almejas nos cantarían todas con sus corazones traspasados de dolor. Imagino lo mejor y lo peor, pero no lógica racial.

¿Vas formándote una imagen bien clara de Estados Unidos? Si no, limpiaré el objetivo. Córrete un poco atrás ahora y escucha esto...

A las espaldas de la ciudad de Nueva York hay un vasto paisaje que se extiende hasta el Pacífico. Lo posee una cadena de tiendas que se llama Atlantic and Pacific Tea Company. Esta empresa emplea mano de obra irlandesa, y como el verde es el símbolo de la nacionalidad irlandesa, deben estar verdes también ellos. Todo a lo largo de la Carretera Lincoln hay casillas con sándwiches de chorizos Frankfurter dentro de las casillas. Carga nafta cada ciento cincuenta kilómetros más o menos, según sean las características de tu auto. Cuando llegas a Albuquerque, te encuentras con los montes de mezquite y salvia; hay mesetas y planicies y espinacas frescas si las deseas. Estas provienen de huertas del Valle Imperial, junto con los melones gigantes y los racimos de uvas silvestres. De noche oyes los coyotes; de mañana son campanas de fábricas y la cuadrilla de presidiarios encadenados entre sí. A uno y otro lado del Misisipí, que baja directamente por la mitad de Estados Unidos, están los dominios de los búfalos, donde en el crepúsculo cowboys con camisas de seda y sombreros "de diez galones" entonan canciones serranas... para la radio. Más al sur tropiezas con los Ozarks, en mitad de los cuales está el Mena, el colegio universitario de trabajadores. Una vez en Utah te desvistes y flotas en el Mar Salado. Pegas unos cuantos saltos y luego emprendes el camino hacia

el oeste, en dirección al desierto Mojave, donde no hay más que luz de luna y cactus. De cuando en cuando te cruzas con el espectro de un búfalo, o el tiro de veinte mulas que trae el bórax. En Needles bajas y hierves un huevo en la arena. Luego retrocedes hacia Yuma, porque es un lindo nombre, y tiritas. Por último llegas a Ciudad Imperial, que floreció en los días de Roma antigua, cuyos vestigios todavía puede ver el turista que se aparta de la senda trillada y sigue el camino de los muros coloreados por la hiedra, que forman el baluarte de la antigua ciudad, que según algunos fue fundada antes de los días de Roma por descendientes del perdido continente Mu, que se pronuncia Mieux. Todavía pueden hallarse restos de esta perdida raza en la ciudad de Tulsa, donde se los descubrió gracias a las excavaciones para pozos de petróleo y pequeñas letrinas. El tulsano verdadero todavía habla con una especie de click-clack, como en los días de antaño.

(Aún sigo esperando que alguien me llame por teléfono y me invite a cenar. No es más que la 1.30 a.m.).

El tiempo vuela y el Veendam no parte hasta el viernes. Tengo un camarote de la parte superior, que comparte con otros tres caballeros. Si son norteamericanos, estará muy bien; si son holandeses, será una pena. Pero, según me dicen, el desayuno holandés es bueno, y me levantaré temprano todas las mañanas, a esperar que llame la campana. Hay ahora en Nueva York doce hombres y una mujer que saben que yo soy un genio. Esto me lo ha informado Cronstadt. Los genios tienen que comer y beber: confío que estos doce hombres y una mujer lo recuerden. Y espero que tengan una mesa bien puesta esperándome cuando desembarque. Me gustaría volver a la Villa Seurat inmediatamente y sentarme en la mesa ahora mismo. Mañana será tarde. Mañana ya habré comido. Ahora tengo hambre y ¡Cristo! si ser un santo implica pasar hambre, yo estoy decidido a dejar de ser un santo. Hubo un hombre que se murió el otro día... de inanición. Según parece, tenía dos estómagos, y era mucho trabajo mantenerlos llenos los dos. No pudo con la tarea. También hubo una mujer que tenía el estómago boca abajo; después qué se le enderezaron subió a la montaña rusa para probarlo. Yo tengo un estómago pequeño que se está empequeñeciendo

más y más. Confío poseer genialidad bastante para mantenerlo lleno con regularidad, y nada más. Confío estar pronto sentado frente a un plato de "squangeels", que es una cena costera norteamericana compuesta por caracoles, veneras, ostras, almejas, camarones, frituras de cordero, migas de pan salchicha de hígado, sauerbraten, cebollas, ensalada de lechuga romana, aceitunas negras, apio, huevos de paloma, mollejas, picadillo de hígado de pollo, la clara de un huevo y abundante mostaza.

No se debe dejar que el genio muera de inanición completamente. Debe estar medio muerto, tres cuartos. Sólo necesita un poco de alimento para llenar las alforzas de su panera, pero lo necesita desesperadamente. En este preciso instante el resultado de la lucha está indeciso. Me siento igual que una vieja chalana luego de haber sido escariada y calafateada. Me siento tal si como aún sirviese para más de un viaje, pero me han blanqueado y me estoy secando al sol. Dicen que nos volvemos místicos cuando estamos muriéndonos de hambre; pero yo me vuelvo práctico y astuto. Tan taimado y astuto me volví hace unos momentos, que bajé y le pedí prestados veinticinco centavos de dólar al mandadero del hotel. Le pedí veinticinco centavos y me dio un dólar. ¡Esto demuestra la clase de genio que yo soy! Pero no quiero, Joey, que te preocupes al leer esto, pues cuando lo leas, yo estaré en alta mar, donde me entregaré de lleno al desayuno holandés y la ginebra holandesa. Estaré caminando por la cubierta de popa entre bocadillo y bocadillo, y estoy seguro que no faltará un latero caminando a mi lado y contándome la historia de su vida. Estaba esperanzado en empezar mi nuevo libro a bordo, pero tuve miedo de traer la máquina de escribir, no sea que me quieran cobrar derecho: de importación. De todas maneras, lo he comenzado mentalmente. Lo sé de pe a pa, del principio al fin. Y esta vez estoy convencido que saldrá de mí como el vino de la boca del tonel. Tengo la intención de escribir concéntricamente, lo cual me permitirá la máxima libertad sin aniquilar la ilusión de movimiento y progreso. Viajaré sin entromperios y despacharé todo el equipaje delante, por American Express. Eso quiere decir que se van al cuerno el análisis y la introspección, la lógica racial y el surrealismo, la forma

y el estilo. Lo que quiero contar es tan humano que hasta un perro podría contarlo. Ya que yo estoy un grado por encima del perro en habilidad lingual, tardaré, por supuesto, un poco más en la narración; pero el tema es el mismo. Es la cuestión de estar solo en la tierra y casi siempre hambriento, hambriento no tan sólo de comida y sexo, sino de todo. Estoy buscando en mi vida un ojo de buey que corra paralelamente a mí y se hunda despacio, como una goleta de cuatro palos en un vendaval. Dejaré que cada uno diga lo que desee y tarde lo que le dé la gana. Espero comer y dormir en el libro, y cuando quiera mear lo haré; en el libro mismo. Todo lo pensé una noche caminando arriba y abajo por Broadway en medio de la multitud. Era tan grande el gentío que se arremolinaba a mi alrededor, que de pronto me di cuenta de que estaba completamente solo y me agradó sentirme rozado por codos extraños, empujado, pisado, escupido, etc., etc. Vi con mucha serenidad el capítulo inicial, tal como si de pronto hubiese cesado todo el ruido y no hubiese más que una enorme luz verde. ¡Tránsito libre! Y esa luz brillaba en mi libro. Era la señal para avanzar; y avancé a todo vapor. Pude recordar cuanto quise recordar... y sin que le faltase ningún filamento ni soporte. Ahora no me faltó más que empezar diciendo: ¡Hola! Aquí me tienen. ¿Qué tal ustedes? Lo demás sigue como cosa de cajón. Es la historia de mi vida, la cual descubro que no tiene fin. El milagro sería que a uno se le ocurriese escribir acerca de cualquier otro. ¡La vida propia! Una vorágine con un agujero en el centro. Justo cuando estás escribiendo la última página te sientes atraído, sorbido, hacia abajo... ¡y ahí tienes tu propia vida! Bueno, yo estoy descendiendo junto con mi vida propia; y no permito que nadie intente arrojarme un salvavidas. ¡Que me arroje ahora unas concidas! Y que ponga un poco de salsa en las patatas. Hasta a los genios gusta la salsa con la carne. No digo Worcestershire Sauce ni Yorkshire Pudding; apenas un poco de salsa negra, ligeramente agria, y si tiene un Kartoffelklösse que le sobre, tírelo junto con las patatas. (¿He escrito bien Kartoffelklösse esta vez? No haga caso de las diéresis; eso se corregirá después. Ahora toca el turno a los budines de pasta rellenos de fruta o carne y a la salsa negra).

Maison Gerard es un restaurante del viejo mundo en la calle 33ª, justo enfrente del Correo. El interior es algo así como un manicomio, sólo que mignon. Todo es mignon, inclusive las salvaderas. En todo se ha escupido y todo ha sido lustrado con un trapo grasiento. A los fondos del restaurante hay un jardín estilo viejo mundo que tiene columpios, hamacas paraguayas, mesas de ping-pong, mecedoras, poltronas y todos cuantos chismes fue imposible meter a la fuerza en el salón. Todo de pésimo gusto, pero adorablemente mignon. El propio Monsieur Gérard me acompañó a recorrer el establecimiento, por si yo buscase una pensión en mi próxima visita a Estados Unidos. Como digo, Maison Gérard tiene un poco de esa cualidad cálida, íntima, atractiva de los manicomios. Hay platitos provenientes de un bistrot de Ménilmontant, paraguas del año pasado, una máquina de coser Singer, un piano Haynes modelo 1903, cojines para los gatos, etc. La comida es loca también, aún más loca que el toilet, que acaba de ser renovado. Es justa-mente el sitio ideal para comer en él un día frío de invierno, y acomodarse para leer *Voyage au Bout de la Nuit*. Madamé Gérard, la esposa del patrón, se parece a Madame Bonat de la Maison Bonat de la calle 31ª, igual latitud e igual longitud. Es decir, que ambas son inválidas y se tambalean un poco. Las dos son mordaces y mercenarias, con esa agradable sonrisa artificial del verdulero que sabe lo que son cebollas. Apenas dejan de hablar aparece la sonrisa como una luz eléctrica. Es la sonrisa del comercio francés, y me encanta.

Caminando por la Octava Avenida después de cenar volví a tener la misma impresión de la ciudad que tuve un día estando de pie en la terraza del edificio Empire State. Este sector de la ciudad está tomado de Metropolis, o sea que ya está un poco fuera de moda. Millones y millones de ventanas, bloques de juguete que entran uno dentro del otro, como un decorado de película. Sólo cuando subes a lo alto de un rascacielos puedes ver el humus de los cuales se ha creado este fantástico mundo de bloques para armar. Bajando la vista hacia los techos de los sucios edificios de ladrillos rojos podrías perfectamente imaginar que Nueva York era una isla que sobrevolaron interminables bandadas de aves migratorias. Toda la ciudad parece estar cubierta de liga. Todo

lo viejo tiene un pórtico y columnas corintias. Las iglesias católicas, tales, por ejemplo, como la de San Antonio, parecen las heces de una novena estirada: todo frente y bigote, con deudos acongojados que suben los escalones que conducen al altar. Las sinagogas parecen baños turcos; son por lo general iglesias luteranas abandonadas, en cuyas ventanas hay vitraux. Yo he dado muchas vueltas por los mercados de pescado, las morgues y los asilos. Me gustan los hospitales de la ribera, todos provistos de solanas montadas sobre andamios de hierro, que recuerdan vagamente los sueños de Mantegna. Sólo que éstos son sueños a prueba de incendios.

Ahora te voy a contar la forma en que un genio encuentra diversión en una ciudad como Nueva York. Uno camina hacia el norte hasta encontrar la calle 42ª, que ahora está convertida en una letrina pública. En una misma cuadra hay cinco salas de varieté, judías todas, hasta una de negros y blancos. Entre una y otra hay locales en que se expenden sándwiches, otros con máquinas monederas y algunos en que se ven películas a quince centavos cada film. Son películas especiales para quince centavos, con artistas de quince centavos, todos tarados de baja estofa que tienen limpios los corazones y te miran directamente a los ojos. La función es continuada desde las ocho de la mañana a la media noche; se desarrolla ante tu vista como una marea de caca. Todas estas salitas de cine fueron en un tiempo cines buenos; ahora se llenan de chinos, italianos, polacos, lituanos, judíos, croatas, finlandeses, etc. Muy de cuando en cuando un idiota norteamericano al cien por ciento oriundo de Gallup o Terre Haute. En el baño leí esto: "Mate a Hitler y salve a los judíos. Entre en la marina judía y lleve cerdo a Jerusalén." Debajo hay un anuncio de Wrigley Brothers, cuyo último renglón dice: La mejor goma desde que empezó el mundo.

Saliendo de uno de esos antros la otra noche me tropecé con Jack Kweiler, de Playa Brighton. Jack Kweiler era en otro tiempo uno de mis mejores mensajeros de la Western Union. Estaba convertido en un gordo más monstruoso que antes, y llevaba un gorrito puntiagudo con la propaganda de un salón de bailes de categoría infame. En otros términos, era uno de esos individuos que, a la puerta de un local, esperan

que entres y te tiran de la manga si no lo haces. Cuando le dije que todos estos años había estado en París, me preguntó inmediatamente: - ¿Viste a Henri Barbusse?

Tuve que confesarle que no lo había visto en persona y pareció sorprenderse. Dijo que había conocido a Barbusse en el John Reed Club. En el acto se puso a hablar de antropología, la cuestión femenina, el suicidio de la raza, la prostitución, la dialéctica marxista, etc., etc. Me dijo que cuando salió de Western Union había aprovechado bien el tiempo. Hasta los días que sobrevino la crisis estuvo fabricando juguetes. Me acordé del inocente Jack Kweller de los días en que las variedades del Olympic florecían en Tammany Hall. Entonces era acomodador y, a cambio de una propina, daba un asiento en las primeras filas. Luego, un día, me llevó a un lado y me pidió que le consiguiese un puesto de mensajero, lo cual hice. Y resultó ser un excelente mensajero. Trabajaba en el turno de la noche: siete días por semana, doce horas por día, por \$ 17,50 dólares semanales. Con esto logró ahorrar un poco y ponerse a hacer juguetes. Más tarde se hizo experto en antropología, etnología, ciencia política, sociología, economía, etc., todas esas materias inútiles que lo hacen prosperar en la vida... siempre que no sobrevenga una crisis. Podría agregar: materias judías todas ellas. La ambición de todo judío industrial y que se aprecie es ser miembro de la Escuela de Ciencias Sociales, del Club John Reed o de la Escuela Rand, o, mejor aún, de los tres a un mismo tiempo. Esto le permite conocer mundo y lo mantiene au courant, con agua caliente y fría siempre en la canilla... ¿Me entiendes? Este Jack Kweller, siempre que va al automático para ahorrarse diez centavos, lleva consigo un libro, y durante el tiempo en que está de pie como un caballo en el pesebre, ronza su ciencia política junto con el pan rancio y la salsa de tomate. Un judío puede leer un grueso volumen mientras camina por la calle, sobre todo si es una abra erudita, y todas las obras eruditas, como sabes, sor abultadas.

Bueno, la cuestión es que al despedirme de él me dio su tarjeta, para que con ella pudiese ir al Bann Box, a sentarme y beber bebida barata a sesenta y cinco centava el vaso y quizás encontrar una belleza

de las Follies de Ziegfield con que bailar. El Bann Box es un pequeño local situado encima de una cochera, en una de las calles oscuras de los costados. Una vez que entras te es difícil salir. Al penetrar, yo sabía que no llevaba dinero suficiente para sentarme y tomar una compañera de baile. Pero me gusta entrar a ver esos sitios. En resumen, penetré animado y vivaz, y adopté el aire más alerta (!) de que soy capaz; me acerqué al mostrador y muy inocentemente pregunté al barman si podía informarme qué era de la vida de mi viejo amigo Jack Kweiler. El hombre me señaló un tipo que tenía aspecto de matón y, tal como en el acto supuse, debía ser el encargada de asear de malas maneras a los clientes que amenazaban con portarse mal. Adopté el aire de un hombre que dispone de dinero y con esto no me fue difícil mantener la cara seria. Pregunté a este segundo individuo por mi viejo amigo Jack Kweiler. Agregué que había estado ausente unos diez años, que había vivido en Alaska, y todos esos cuentos. Dije que quería transmitir un mensaje que para Jack me había dado en Alaska un viejo amigo de él, que allí se dedicaba a lavar oro. La respuesta inmediata fue que a Jack Kweiler podía encontrarlo parado a la puerta del salón. Agradecí el dato muy cordialmente y agregué que iría a buscar a mi amigo y lo llevaría allí en cuanto tuviese franco. El matón dijo que sería una gran idea y, tomándome del brazo, me condujo al mostrador y me invitó a beber una copa a cuenta de la casa. Fingí buscar mi cartera en los bolsillos, pero él se demostró irreductible y tuve que desistir. Pero entonces le pregunté si bebería una copa conmigo. Por suerte entró alguien en ese momento y, tuvo que rechazar mi ofrecimiento apresuradamente. De aceptar, me las hubiese visto negras. Quizás hubiese tenido que ir al cuarto de baño y tratar de escapar por la puerta del fondo o cosa parecida. De todas maneras, Joey, éstos son los momentos en que un poco de arrogancia y fanfarronería viene bien. ¡Aparentar como Dios manda! Míralos directamente a los ojos y hazte el inocente. Di siempre que has estado en Alaska o en Tahití. Yo dije Alaska porque no tenía la piel tan quemada como para haber estado en Tahití diez años. Para esto tuve que pensar velozmente; es decir, lo que sería veloz para un judío.

Caminando por Broadway advertí loapestada que estaba de putas la calle. No las viejas trotonas del 1908 o 1910, sino jóvenes que no llevaban medias y eran delgadas, esmirriadas, pizpiretas, con tiras de piel de mono o de zorrino en torno a los cuellos. Salen andando a saltitos de las calles transversales, con un cigarrillo entre los labios, y se quedan un momento mirando aturcidas la Vía Apia en los dos sentidos. Te contemplan fijamente, no simpáticamente ni invitándote con insinuaciones sexuales o sensuales, sino con esa mirada taladrante e impertinente de los faroles de acetileno que se ven en las vías de noche. Las mujeres norteamericanas tienen una única manera de mirar, sean prostitutas o duquesas. Las europeas tienen mil. La de las norteamericanas es siempre la misma: la luz de un proyector buscahuellas que te rocía la espina dorsal y no da calor. Que habla de dinero contante, velocidad y condiciones sanitarias. Borracha o no borracha es igual. No es el sexo; es la luz de un potente aparato oculto en el lóbulo posterior del cerebro, un poco apenas por encima de la médula oblonga. Es como una caja de música que funciona metiendo una moneda, como un aparato de ranura que automáticamente entrega goma de mascar, como un medidor de gas, londinense. Sueltas la moneda, el mecanismo se pone en marcha, se producen una pequeña sacudida y algunos movimientos, un ronroneo y se enciende la luz; ésta permanece encendida el tiempo necesario para que leas lo que allí está escrito, y se apaga de nuevo. No pienses que se te acercan y te piden que vayas con ellas. ¡Oh, no! Están ahí de pie en la penumbra de la salida de artistas de un teatro y de pronto, apenas te divisan, saltan hacia delante, caminan con tu mismo paso, se te aproximan poco a poco, siempre en sentido paralelo y delante de ti, hasta que las tocan tus brazos y luego tus caderas, y cuando los dos se han frotado bien, como dos gatos en una calleja perdida, dejan que abras la boca y ofrezcas un precio, todo sin dejar de caminar, todo como si no pasara nada, con caras de hastiadas, indiferentes, frías como el cemento, andando sobre sus tacos de goma con firme paso norteamericano como si algún día tuviesen que llegar a algún lugar, y por qué no me invitas a tomar algo ahí al doblar la esquina, ¿no?, bueno adiós y que te pudras.

Desde que estuve aquí por última vez todo se ha rejuvenecido, inclusive las rameras. El precio es joven. Llevan las viejas al matadero y sacan arneses, correas y manijas de cuero. Broadway es para la juventud, en lo que a mujeres se refiere. Los hombres pueden ser de edad, calvos, gordos, amorfos, bizcos, torcidos, acosados por las bilis, reumáticos, asmáticos, artríticos... ¡pero las mujeres tienen que ser jóvenes! Tienen que ser jóvenes, frescas, resistentes, duraderas, como los edificios nuevos, los ascensores nuevos, los autos nuevos, los cuchillos y tenedores de acero inoxidable que nunca se gastan y se mantienen tan afilados y eficientes como las hojas de plata Gorham. Broadway está llena de abogados y políticos de mandíbulas prominentes y ojos lince, todos vestidos elegantemente, con cuellos blancos almidonados, la corbata precisa, el más moderno bolsillo superpuesto. Todos lucen su arruga en el pantalón y zapatos muy bien lustrados. Ninguno lleva sombrero del año pasado, con crisis o sin ella. A ninguno le falta un pañuelo limpio, bien lavado y envuelto en papel celofán timbrado. Cuando el peluquero te cepilla el pelo, tira el cepillo para que lo fumi-guen y envuelvan otra vez en celofán. El pañuelo que se ponen al cuello es enviado inmediatamente al lavadero, y viaja por tubos neumáticos que lo entregan la mañana siguiente. Todo es servicio de veinticuatro horas, sea o no necesario. Tus cosas vuelven tan rápidamente que no tienes tiempo de ganar el dinero requerido para pagar el servicio que no te hace falta. Si llueve te haces lustrar los zapatos de todos modos, porque el lustrado lo protege contra las manchas de la intemperie. Te acicalas a la ida y a la vuelta. Estás metido en la máquina de hacer salchichas y no tienes manera de salir; a menos que tomes un barco y vayas a cualquier otro lugar. Aun entonces no puedes estar seguro de que todo el asqueroso mundo no se norteamericane al cien por ciento. Es una enfermedad.

Todo esto me lleva de vuelta a la gran novela norteamericana, *Of Time and the River*, que ahora se anuncia en todos los ómnibus de la Quinta Avenida. Esta es una de esas grandes novelas norteamericanas que siempre se anuncian pomposamente como la gran novela norteamericana, pero que sea como sea queda olvidada al cabo de un mes o

cosa así porque las piezas del andamiaje están tan podridas que se deshacen. Igual que todas las demás novelas norteamericanas, ésta es tan sólo una manera de llenar espacio. *Time and the River* (El tiempo y el río) está perdida en el espacio. Hay tres dimensiones, pero falta la cuarta. Es una *Comédie Humaine* en que figura Hannibal, estado de Misurí, como centro vital. Prolifera como prolifera el cáncer. No arde, eructa, ruge, sisea, despidе vapor, se incendia ni hace humo. Empieza, como empiezan todas las grandes novelas norteamericanas, en el dedo grueso del pie y sigue hacia arriba. Cuando está viajando por la tibia, quedas perdido. Te pierdes en los folículos de ese vello superfluo que las mujeres norteamericanas están siempre arrancándose de las piernas y los brazos. Un libro realmente grande empieza en el diafragma y prosigue hacia fuera. Comienza en forma vital y termina en forma vital. Es vital de cabo a rabo. La arquitectura no resulta de un deseo de llenar espacio, sino porque el hambre y la fe exigen un edificio, un testimonio, un símbolo concreto y lugar de reposó. Tal vez soy injusto con este gran autor norteamericano: reconozco que sólo leí unas cuarenta páginas. Pero en cuarenta páginas un hombre o su alma -si la tiene- debe haber apartado la hojarasca y entrado de lleno en el tema. Es verdad que había protuberancias emocionales; pero eran como frescos abotagados que uno capta por el rabllo de un ojo mientras corre una maratón. En resumidas cuentas, demasiado maldecidamente genealógico para mi gusto. Detesto todos los libros que exponen las cosas cronológicamente, que empiezan con la cuna y terminan con la sepultura. Ni aun la vida procede así, por mucho que la gente lo crea. La vida sólo empieza en la hora del nacimiento espiritual, que puede ser a los diez y ocho o a los cuarenta y siete años. Y la muerte jamás es la finalidad... ¡sino la vida! ¡más vida! Alguien debe tirar una horquilla en este río de tiempo-espacio que los norteamericanos han creado: debe hacerse que los ríos corran hacia arriba, a contrapelo. ¡Como el Río St. Johns! En este país, con la misma rapidez con que se crean ríos nuevos, se construyen diques para contenerlos; para hacerlos trabajar, para que produzcan. Necesitamos una inundación, y sólo entonces habrá cieno con qué trabajar. No necesitamos novelas genealógicas ni la historia

del continente norteamericano vista a través de los ojos de la familia suiza de los Robinson. Alguien tiene que tirar una llave inglesa en la maquinaria. Yo creo, Joey, que soy el tipo capaz de hacer que los ríos corran cuesta arriba. Se lo debo al búfalo norteamericano, al piel roja, a las sombras de Moctezuma y Quetzalcoatl. A fin de cumplir esta tarea, ya me he cortado la cabeza. Voy a caminar calle abajo, preferiblemente Broadway, con la cabeza en una mano y todas las cañerías principales del gas eructando un hedor dulce. Andaré con la cabeza en las manos y miraré las cosas astrológicamente. Ya me siento más ligero, más elástico, más alegre. Tal vez deje la cabeza en la Villa Seurat y me concrete a caminar por Broadway con el resto de mi cuerpo. Llevaré el libro conmigo, un gran libro de hierro enganchado en mi cinturón. En él registraré cosas extrañas. Seré el supremo sacerdote de la gran novela norteamericana que por primera vez desde los albores de la creación correrá cuesta arriba... ¡y mande por favor algunos lindos jamones de Westfalia a Jerusalén!

Acabo de recibir una carta de Julieta, quien pregunta: "¿Por qué no nos buscaste antes? ¿Por qué vives permanentemente en París? ¿Por qué tienes que salir el 14 de julio? ¿Por qué sigues expatriado? Tengo ganas de contestar esa carta aquí mismo y ahora mismo. Y ahí va, Joey...

Querida Julieta:

Si antes no te busqué fue porque te tenía completamente olvidada. Apenas la otra noche, en momento en que, estando un poco borracho, pedí un cigarro caro, al mirar la etiqueta del cigarro me acordé de que estabas viva y coleando, y tenías un hijo. Resido permanentemente en París porque soy millonario y puedo permitirme el lujo de tener casa donde se me antoja. El hecho de que parta el 14 de julio se debe a que un día más que me quedase aquí me enloquecería; de haberme escrito unos días antes, me hubiese ahorrado la molestia de escribir esta carta, pues te habría mandado una copia de las páginas precedentes, donde todo se explica. Dices que las cosas son tan emocionantes en Estados Unidos que te resulta difícil concebirte sentando tus reales en cualquier

otro lugar. Me parece muy bien que lo digas, ya que eres tan sólo una madre y esposa del director de un pasquín de tercera categoría. Vives en el plano económico-social. Yo vivo en un plano astronómico al que tú sólo podrías llegar si tuvieses un par de alas. Dices que lees mis libros "no sin interés", lo cual es una curiosa manera negativa de expresarlo; ¿pero qué me cuentas de tu marido, el director, a quien le envié un ejemplar para que lo comentase a mis expensas? ¿Por qué ese cretino no ha publicado una crítica? Unos renglones por lo menos. ¿No hay en él suficiente sociología para su periodicucho infame? Mi próximo libro tratará de los hábitos funcionales de trabajo de la cucaracha durante la guerra de secesión, lo que presumo estará de acuerdo con sus cánones. Describiré el sistema endocrino con y sin alimento, demostrando la relación entre los cambios de clima y los períodos de desocupación. Tendrá una tapa sosa, como las encuadernaciones de los tratados del gobierno, y tipo de cuerpo menor, además de una fe de erratas al final. Es una pena que yo nunca haya leído versos de tu marido. Todo lo que sé de él proviene de Joe Gould. Joe Gould dijo que se mearía en él un día, convirtiéndolo en un hombre. ¿Es cierto eso? Como quiera que sea, es lo que me dicen. Ahora permite que te hable del nene; de la manera debida de criarlo. Cuando le das su avena, vierte siempre en la masa un poco de pis de caballo tibio. Esto le dará firmeza y con el tiempo, cuando sea director de una publicación, no necesitará que le mee encima un escritor norteamericano olvidado para hacer de él un hombre. Si quieres que se convierta en erudito, léele la traducción que hizo Kenneth Burke de *The City Man*; es una excelente canción para dormirse. ¿Y por qué insistes en lavar los pañales del nene? Usa Kotex. No cuesta más y es sanitario. Pide hoy una caja al Instituto Smithsonian. Tal como aconseja el comisionado policial Valentine: "Mediante cuidado, cortesía y sentido común, usted y los suyos pueden vivir mucho tiempo y con felicidad." Haz el favor de recordarlo. Hasta la vista, Julieta... Siempre fuiste un buen cigarro... pero bastante caro. Firmado: Henry Valentine Miller.

¿Te ha gustado, Joey? A lo mejor se te ocurren algunas otras individuos a las cuales podamos escribir. No hace falta que ellas me escriban. Basta con que manden los nombres y las direcciones. Esta es la temporada adecuada para cartas. Si tuviese dinero, no escribiría ni un renglón más. Entraría en un bar y pediría un sándwich y un vaso de cerveza. Buscaría a Stefano Fanti, quien me llama por mi primer nombre cada vez que visito su tugurio. Esto me hace bien. Dice: "Lo dejo pagar todos los vasos que quiera. Cuando esté listo para irse, lo invito yo una vez." Eso nos lo dice a la cara. No hay nada solapado en ello. ¡Adelante con los faroles! Eso es lo que me gusta de los europeos. No te dan nada por nada. Tienes que pagar y pagas tupido. Aquí todo es gratis, te lo dan por nada, pero te cuesta más de lo que puedes pagar. Al principio parece maravilloso no dejar propina cuando vas a un bar o a un negocio cualquiera en que despachen gaseosas. ¡Nada de propinas! Se diría que esto es jauja. Pero cuando cuentas el vuelto, descubres que has pagado por un vaso de licor tres veces lo que pagarías en Europa, *pourboire comprise*. Calculo haber pagado a estos *sinvergüenzas* que expenden bebidas con burbujas una retahíla de propinas *principescas*. Me la han hecho bien dada, tal vez no los *sinvergüenzas* del mostrador, sino los propietarios, o sea The Great Atlantic & Pacific Tea Co.

Se me ocurre que ha sido una verdadera lástima que no me haya mandado el *Paris Soir*, junto con Blaise Cendrars y Claude Farrère. A esta altura me habría ganado el pasaje de regreso, y eso sin tomar en cuenta el champaña gratis y los cigarros Coronas. Puede que mi estilo no sirva para el *Paris Soir*; pero en ese caso, ¿sirve el de Claude Farrère? ¿Te imaginas lo que ese bicho raro va a decir acerca del *Normandie*? ¿Y cómo se arregla Cendrars para mantenerse frenado? ¿Dicta sus textos? Como ves, yo tengo todo el equipo, inclusive carbónicos. Sería el reportero más barato que pudiesen encontrar. Si no les gustó la carta que escribí a Julieta, pueden hacer caso omiso. Recuerdo que, en los primeros días, yo solía comprar *Le Journal* a la hora del desayuno; era mi ejercicio matutino. Recuerdo aquellos artículos infames enviados por Maurice Dekobra; de cuando en cuando una frase inglesa (mal

escrita) para dar un poco de color local. Recuerdo al tipo que mandaron a la India, uno que escribía en forma cautivante sobre el pavillon des fleurs. Recuerdo las carreras de bicicleta descritas por Paul Morand... o si no era Morand, algún otro ganso presuntuoso. Todas estas cosas las podría hacer con la mano izquierda... y a un costo menor que el del entierro en una sepultura común. Por supuesto, los escribiría en inglés. Ese es el quid; estoy condenado a escribir en inglés a un pueblo que no existe. Tanto daría que empezase a estudiar chino. Estoy seguro que los chinos quedarían más agradecidos. (Propaganda gratuita: ¡Lee The Hanging on Union Square! Escrito en inglés por un tal, Tchiang, chino. ¡Ta, ta, ta, ta! El dinero se fue, no hay nadie en casa. ¡Ta, ta, ta, ta! Esto es de las poesías. La novela está en el inglés chapurreado de los chinos tal como lo usan en la conversación, acabado de adquirir en Union Square y la Escuela Rand de Ciencias Sociales). El señor Tchiang es uno de mis autores predilectos. He olvidado quiénes son los otros. Quizás Ezra Pound. Un día voy a leer a Ezra Pound. Voy a leer los Unfinished Cantos (cantos inconclusos) al galope. Después leeré a Gertrude Stein y Unamuno. Si me queda tiempo descenderé a la lectura de Fourth Eclogue (égloga cuarta); y tal vez las tres églogas precedentes. Ahora haré un alto y haré una siesta. Son las cuatro, hora oficial de la costa atlántica; si duermo rápidamente podré despertarme a esa misma hora exacta, en Nagasaki y Mozambique. Detesto perder tiempo, siendo el tiempo la única cosa preciosa que poseo. Por tanto, dormiré un rato para restablecer mis poderes en mengua y continuar con esta carta, que estoy seguro debe ser de gran interés para ti y los lectores de Paris-Soir. No olvides hacerme acordar del hombre que se lustraba sus propios zapatos. Era un lustrador callejero y el negocio andaba tan mal, que tenía que lustrarse su calzado propio. Pienso que el momento es realmente malo.

Pasando hoy frente al Edificio Woolworth con el ferrocarril elevado, no pude menos de advertir lo enormemente mucho que actualmente se parece a un queso de Nuremberg esa pieza arquitectónica. Este es el rascacielos que hace apenas unos años alababan desmesuradamente por razón de su modernismo. Lo diseñó uno de los mejores

arquitectos norteamericanos. Y ahora parece un queso. No sólo parece "quesudo" y sin valor, sino insignificante. Otro tanto puede decirse de la Metropolitan Tower y del Singer Building. Tienen un aire lastimoso. Pertenecen al pasado, a ese pasado que no tiene sitio en Norteamérica, que se derrumba ante un soplo. Advierto que las grandes catedrales parecen anticuadas hoy en día. El pedante puede ver en ellas este siglo o aquél; pero un hombre como yo que vaga sin rumbo por las calles es completamente indiferente a las centurias representadas. Para él son independientes del tiempo. Serán motivo de inspiración dentro de cien años, dentro de quinientos años, dentro de un millar de años... si los alemanes no las han destruido. La sensación que yo tengo acerca de Estados Unidos, acerca de todo el continente (flora, fauna, arquitectura, pueblos, costumbres) es ésta: nada vital se inició aquí jamás... nada de valor. En la medida en que me es dable determinarlo, nada se iniciará jamás en este hondo sentido vital. Pueden agrandar las cosas hasta las más colosales proporciones, edificar una red de ciudades que borre de la faz del planeta el campo que ahora las separa... seguirá siendo lo mismo. Es un movimiento horizontal -la operación de llenar espacio- y, por lo tanto, fútil. Podría mañana hundirse en el mar el continente entero... ¿y qué se perdería? ¿Hay algún monumento invaluable? ¿Algo cuya pérdida originase una sensación de privación real, tal como la pérdida de la gran obra de Dante, por ejemplo?

Ahora, Joey, voy a ponerme serio durante un momento. Te voy a decir algunas palabras acerca del aeroplano, de esa obsesión por el aire que parece haberse apoderado de los norteamericanos, agarrándolos de las bolas. Quiero preguntarte qué significa este asunto de volar a la Luna, a Marte o a Júpiter. Me pregunto muy seriamente si esta manía voladora no es síntoma de angustia grande y muy real, si no significa algo más que una mera conquista del aire, como la llaman. Está muy bien decir que los aviadores unen una ciudad con otra, que acortan el elemento tiempo, estableciendo nuevas formas de comunicación, etc. Pero esto no es todo; no es todo el cuento. Hay otro factor más profundo que entra en ello y es el despertar de un sentido místico. El aviador sé eleva sobre la tierra y gira con la tierra, o casi. Se desplaza junto con

las estrellas en una nueva dimensión, o tiene la ilusión de hacer así. Experimenta una sensación de poder, no como en otros tiempos -en su contacto con la tierra- sino al liberarse de la tierra. Esto es peligroso. Dentro de otros cien años volverá a pensar astrológicamente. Habrá desarrollado el sentido del vuelo, se embriagará de sensación de cosmos, de nuevas ideas de tiempo-espacio, tal como Europa se embriagó con el descubrimiento de América. Se dirá a sí mismo que su ambición es llegar a la Luna, a Marte o a Júpiter, pero jamás llegará a la Luna; llegará de vuelta a sí mismo, al hombre, a un nuevo furor de actividad creadora. Cada vez que se abre un horizonte nuevo, cada vez que se agranda el horizonte imaginativo, la Tierra se torna más pequeña y más habitable. La vida no se expande; florece, retoña, se desarrolla en intensidad. Ahora los hombres consideran importante ir de un lugar a otro con mayor rapidez. Mañana se quedarán completamente quietos, contentos con no ir a ningún sitio. Se quedarán clavados en un lugar y en sus canciones hablarán de viajes a reinos inconcebibles. Sólo hay un camino para el hombre, y es el camino hacia Dios. Por este camino, si busca y reza, se encuentra. Luego abre bien anchas sus mandíbulas y canta con toda su voz. Entonces ya no necesita más a Dios; Dios entonces está en todas partes, distante como el más alejado planeta, cerca de su propia piel. Como digo, vamos hacia Dios en el aeroplano. Ningún aeroplano llegará jamás a Dios. Ningún hombre llegará a Dios jamás. Pero puede tener aleluya, y cuando un hombre se encuentra a sí mismo, es aleluya eternamente. Yo lo he descubierto sin tomar un aeroplano. Lo descubrí de pie, calzado con un par de mocasines.

Y ahora, hermano Fred, quiero que prepares una cancioncita. ¡Arriba, arriba con mi máquina voladora! Esto lo vamos a cantar parados sobre el terreno más alto. Nos erguiremos sobre la última estrofa de Fausto y experimentaremos esa sensación de subir siempre más. Hacia el eterno femenino, que, después de todo, es únicamente el conjunto de fuerzas de la Naturaleza, la que, cuando uno se torna cuasidivino, dice: ¡Sé tú mismo! ¡Toca la tierra! Por lo tanto, elebémonos en el canto y descendamos con el paracaídas. Goethe, erguido sobre la última estrofa, dominó un espectáculo más vasto de lo que cualquier

aviador ha abarcado hasta ahora con su vista. Estaba parado sobre el medio plano más elevado, la meseta metafísica que se encuentra entre el cielo y la tierra. Suspendido en el momento eterno, calmo, seguro, príncipe de hombres, escrutó el pasado y el futuro. Vio el movimiento en espiral que es ley en todos los dominios, empezando con el astral y terminando con el astral. Lo vio en su interminabilidad. Goethe fue aviador un siglo antes de su época. Aprendió a permanecer quieto... y cantar.

Ahora, Joey, antes de subir al barco, quiero darte algo más de información precisa acerca del edificio Empire State: nuevos hechos y cifras que harán que los cabellos se te paren de punta. Es así... Más allá del piso 13º no hay más vértigo, porque la velocidad de los patos que pasan volando en dirección al Ecuador es inversamente proporcional al sonido de un disparo que cae por el espacio a razón de 1.392.046.024 kilómetros por segundo. Las ventanas son a prueba de lluvia; las paredes, a prueba de incendios. En el piso 227º hay artículos de lencería y toilette. Desde que se hizo este edificio han subido 8.765.492.583 visitantes al mástil de amarre, todos ellos provistos de paracaídas y dientes postizos. Este es el edificio más alto del mundo "sin tomar en cuenta" el mástil de la bandera, donde durante todos los 365 días con sus noches flamea la gloriosa enseña "sin tomar en cuenta" nieve, lluvia, granizo, neblina, pánicos bancarios y pánicos no bancarios. Los porteros, que comprenden una fuerza algo más numerosa que los ejércitos en pie de Europa, están provistos de medias a prueba de agujeros y suspensorios a prueba de balas. Se les ha tomado pruebas de inteligencia y son muy corteses aun cuando ganan poco. Todo el personal, excepción hecha de los del turno nocturno, es fumigado por las tardes a fin de prevenir brotes de epidemias tales como la tifoidea, la fiebre amarilla, la disentería y otras enfermedades contagiosas similares. Este es el edificio más maravilloso del mundo, con excepción de los que son todavía más maravillosos y actualmente están en curso de construcción y que sobrepasarán a todo lo pasado y presente, inclusive algunos futuros de los cuales no podemos todavía dar cifras precisas pues aún no se

han presentado todas las declaraciones de impuestos. Sin embargo, parece que la victoria va a ser arrolladora.

Lo más maravilloso de este maravillosísimo edificio es la tienda de artículos para regalo del piso 267° donde se cambia de ascensor para subir al piso 318°, situado en la base del poste de amarre, que desde allí se eleva hasta la vertiginosa altura de 565 pisos. Allí se encuentran todas las chucherías y baratijas conocidas por el hombre civilizado, de las cuales no es la más insignificante el zoológico de animalitos hechos enteramente de goma de mascar, Wrigley's chewing gum. El hombre cuya inventiva genial hizo posible este conjunta de figuritas de goma de mascar fue un chiclero de la selva de Yucatán. Al término de una larga y honrosa carrera lo despidieron sin aviso previo los magnates de la goma de mascar. Dicho genio puede ser entrevistado cualquier día en el Barbizon-Plaza, donde la cortesía tiene su asiento. Allí, libre de los potentados de la goma de mascar, vive actualmente. Otros notables artículos para obsequio son tarjetas postales en que se exhiben vistas de frente, fondo y costado de todos los edificios de Nueva York, "sin tomar en cuenta" tamaño ni contenido. Además, vistas de la terraza... y diapositivas estereoscópicas. Una breve advertencia al visitante casual: no toque los objetos con las manos.

A pesar de sus dimensiones prodigiosas, este rascacielos gigantesco fue erigido en menos de seis meses, gracias al espléndido servicio aéreo entre fábricas y en virtud de la colaboración de la Asociación Gremial de Carpinteros y Ebanistas. Tal vez te interese saber que, de acuerdo con las cláusulas del contrato, el edificio debía terminarse a medio día, el 12 de febrero. Sin embargo, debido a la espléndida colaboración arriba mencionada, el edificio quedó totalmente levantado, con todas sus ventanas lavadas, a las nueve de la mañana del 12 de febrero. El contrato no exigía que las ventanas se lavasen: esto fue una contribución gratuita del Sindicato de Limpiadores de Ventanas. Deseamos aprovechar esta ocasión para disipar cualquier falso rumor lanzado a la circulación por sindicatos hostiles en cuanto a la calidad de la luz emitida por estas ventanas. La luz es absolutamente pura y filtrada, y la administración de la torre garantiza visión impecable a no

menos de 120 kilómetros en condiciones barométricas normales. Esta garantía puede sólo ofrecerse al público gracias a la reciente instalación de termostatos fabricados expresamente para Empire State. Aparte de la visión impecable, los termostatos aseguran una presión uniforme en los tímpanos cuando se desciende desde el poste de amarre al sub-subsuelo, que, según se ha calculado, está a ochocientos metros por debajo del nivel del mar. Trátase de un dispositivo único en la historia de los rascacielos, que resultará una bendición para cuantos sufren de tisis y disnea, esta última conocida a veces como catarro interno.

Es posible que una visión fenomenal haya impresionado al observador casual mientras comía un sándwich de carne en la base de la torre. Los canarios que gorjean tan melodiosamente en sus jaulas de platino no están allí para entretener al visitante que almuerza, como se podría suponer, sino para vencer la inclinación a dormirse cuando se mira por las ventanas. En contraste con sus otros camaradas canarios, éstos no gorjean para pasar el rato. Al contrario, lo hacen para restaurar la sensación de tiempo que peligra cada vez que el organismo humano queda expuesto a la irrealidad de altitudes a las cuales lo adaptan mal sus hábitos como peatón. Los canarios han sido hábilmente adiestrados por un personal de expertos endocrinólogos que trabajaron conjuntamente con los mejores psicoanalistas del estado de Nueva York. Gorjean con la precisa intensidad necesaria para atravesar el umbral subliminar de los centros nerviosos acústicos, con lo cual el visitante ocasional es conducido nuevamente al ritmo de martillo pilón de la vida cotidiana, que le permite mirar el mundo conocido sin miedo a la agarofobia, la hidrofobia o cualquier trastorno perverso o polimorfo. Todos las noches a las nueve en punto los canarios son soltados, a fin de que los examinen gargantólogos diplomados. Este maravilloso servicio se estableció en parte como homenaje a la memoria de Gatti-Cazzazza, quien, anticipándose a esta gran necesidad, ordenó a su apoderado confidencial que agregase una hijuela al testamento de su última voluntad. El visitante observará que debajo del piso de cada jaula se ha labrado al realce, en oro, la cabeza de este gran benefactor.

En previsión de la eventual declinación de la ciudad de Nueva York como centro financiero e industrial, los propietarios del Empire State, hasta ahora conocidos con el nombre de Empire State Corporation, Inc., ceden al Estado de Nueva York todos los derechos y preocupaciones anexos al *modus operandi* de su rascacielos. Dicha administración no escatimará gastos para mantener a los obreros desocupados de este grande y glorioso estado en permanente condición de satisfacción. Los salones de la planta baja, a los que deliberadamente se ha dado un aspecto sombrío como deferencia a la crisis nacional, serán redecorados en colores vivos, con frescos especialmente diseñados por artistas de fama internacional, a objeto de prevenir melancolía o morbosidad. Estos frescos describirán la vida alegre y turbulenta de Nueva York cuando las fábricas trabajaban más de un turno y los bifés de lomo se vendían a \$12,75 dólar por kilogramo. Aprovechando la experiencia de Grecia y Babilonia, de Egipto y China, el Estado de Nueva York tiene la intención de conservar sus monumentos adecuadamente preservados, aplicando con gran visión terapéutica y benevolencia la sabiduría pragmática de sus grandes pioneros e inventores, los profanadores de tumbas y los que saben avanzar contra las corrientes.

Esta estructura gigantesca, repleta en todas sus partes, será en su vejez el refugio de los pobres y necesitados, un buen puerto para los indigentes cuyo sudor y cuya fatiga, o sin cuyo sudor y cuya fatiga no podrían, *sui generis*, haber sido hechos de facto y ad hoc. Se ha llegado a la conclusión de que, con la despoblación de la ciudad y la desaparición del obrero migratorio no podría encontrarse en estas barriadas sitio más sano que el Empire State. Los feos edificios de la edad prerascacielística serán arrasados completamente a fin de conseguir que nada obstruya la vista de la Estatua de la Libertad. Dicha estatua será raspada y barnizada desde el cuello hacia arriba, poniéndole incrustaciones de piedras preciosas que lancen destellos por las noches y eliminando de este modo el costo de la instalación de cables eléctricos. Positivamente, no se escatimará gasto alguno para hacer del Empire State un monumento perdurable al progreso y la invención...

A bordo del "Veendam", 3° o 4° día de navegación.

Héme aquí en el océano horario, leyendo Prose Novelette, del Dr. Williams y otras prosas. Esto requiere una carta especial al Dr. Williams... Por ende:

Estimado Dr. Williams:

Estamos ahora en mitad del océano y está nevando, o debería estar con sólo que hiciese un poco más de frío. Cape Race está algo a la izquierda y al norte. Nosotros vamos hacia la derecha y el norte. La parte trasera del barco es para los extractores de aire... y los pasajeros de proa. Esto hace el viaje aún más deleitable de lo que en otras condiciones imaginaríamos, con el agria agua de pantoque que se eleva suavemente de las chimeneas y atraviesa ondulándose todos los ojos de buey hacia estribor y a proa y popa. A mediodía un relamido joven de Amherst dice: "Ahora, amigos, quiero que esto lo escuchen todos ustedes... es muy serio: si no se han anotado aún para el torneo de ping-pong, sírvanse hacerlo esta noche" Agrega que de tiempo en tiempo nos anunciará exactamente lo que está sucediendo, o va a suceder, o no ha sucedido todavía. Sin este hombre el buque estaría mal regido. Nos aburriríamos. Todos nos suicidaríamos, y de ahí que, cuando el barco llegase a puerto, no habría pasajeros que desembarcasen. Pueden darse cuenta de lo importante y grave que esto es. Estoy pensando en pasarme a primera clase y cenar con el capitán.

Estimado Dr. Williams, esto se refiere a su Prose Novelette y otras prosas de que estoy disfrutando. A Tender Buttons y la obscenidad de James Joyce. Mientras lo leo a usted, leo también a Keyserling, el conde Hermann, de America Libertada. Este es también un libro muy maravilloso. El conde Hermann es un filósofo en virtud del hecho de que continuamente está filosofando. Hay otro libro que leo entre los dos: el mío. Advierto que todos decimos lo mismo: que Estados Unidos es un estercolero. El conde ve que los rosales ya están floreciendo. Usted ve únicamente los caminos de asfalto. Yo no veo nada; de todos modos, no veo a una gran distancia. Precisamente ahora, le ruego recordarlo, estoy en mitad del océano. El océano se le mete a uno en la

conciencia. Es imposible desalojarlo. Hay demasiado océano, y falta cielo y agua. Es por eso que los marineros suelen ser chiflados. Chiflados antes y después. Chiflados siempre. A causa del exceso de océano. Voilà! Pensé que empezaría otro libro a bordo. Pero no tuve en cuenta el océano. El hombre que pueda escribir un libro a bordo de un buque debe sentirse aún más solitario que el propio océano. Debe ser más grande que el océano.

Lo que me llamó particularmente la atención en su Novelette fue la referencia a Van Gogh. "Van Gogh, dándose cuenta de la luz, luchó desesperadamente por pintarla y vivirla. Pero murió, naturalmente. No es posible comer arena... y el mundo no se entregará para que lo comiesen." Yo empleé casi el mismo lenguaje escribiendo acerca de Lawrence. Este asunto de comer y ser comido... no creo que hoy en día se lo entienda en absoluto... Sin embargo, lo que en su obra me impresiona es que los fragmentos son mucho mayores que el todo. En su prosa usted escribe poemas enteros. Los poemas parecen fragmentarios. Pero lo que usted transmite eficazmente es la esforzada lucha limpia y blanca, el arranque, el ojo que se enfoca serenamente, sin saber, pero aventurándose, una dimensión nueva en cada paso, siempre un mundo nuevo más allá, y siempre peligro con éxito completo. Parece que usted ha comprendido la naturaleza del esqueleto, la armonía estructural de un mundo antitético. Habla continuamente de la carne, del borde blanco del mundo no digerido del todo, formando un eructo, motivando somnolencia y flatulencia. No sé exactamente donde usted dice esto, pero está allí. Usted dice cosas en forma diametralmente errónea, que yo entiendo perfectamente porque usted parte cada vez de la nada y se entierra en la insignificancia. Sus renglones llegan a un punto en que se detienen en seco al tropezar con el hueso, como una bala que atraviesa violentamente el cerebro y se aplasta contra el hueso occipital. Las palabras se queman, salpican... un golpe seco y luego el reposo. No hay aburrimiento, como en la contemplación de cohetes. No hay tedio, como en Versalles, las fuentes que juegan, las palomas que arrullan. Usted da la impresión de haber captado el sentido de la tradición mediante el estudio de las fracturas compuestas. Usted pone

en libertad las enzimas, dejando abiertas las puertas a la descomposición.

Lo que pasa con los viajes oceánicos es que navegando en buque holandés a veces se encuentra un lunático a bordo. Un holandés loco es más lunático que un lunático común. A bordo tenemos un holandés loco que estuvo sin trabajo a tal extremo que un día fue a ver a su cónsul y le puso negros los dos ojos. Hace el viaje en el calabozo. Cada hora más o menos envía un mensaje al capitán: "Esta mañana no me sirvieron la comida a tiempo... Me gustaría fumar un cigarro... ", etc., etc. Mira por su pequeño ojo de buey, que tiene barrotes, y pasa informes sobre el tiempo. Fuma cigarros buenos a expensas del gobierno. Sonríe continuamente; en parte porque es holandés y es afable, y en parte porque está loco. Los que no están locos en el barco también sonríen mucho; es decir, los que son holandeses. Los holandeses no tienen otra cosa que hacer que sonreír. Los diques están todos terminados, y están plantados los tulipanes, ¿comprendes? ¡Luego, a sonreír! Cuando uno se sienta para desayunar, lo primero es hacerse un sándwich de queso, con semillas de alcaravea. ¡Con esto se arregla el estómago! Así al pasar debo agregar que la semilla de alcaravea holandesa está ligeramente escasa de contenido alcohólico. Si la dejas caer en un vaso de cerveza Heineken, se vuelve ácida. Esto provoca un eructo que pone en libertad los gases venenosos hasta ese momento aprisionados en la cloaca máxima. Los water closets están todos provistos de barandillas de bronce que deben ser lustradas antes de las 10 de la mañana, hora en que el capitán lleva a cabo su inspección habitual. Después llega el momento de pelar las patatas. También a las diez todas las mañanas la orquesta empieza a tocar. Una orquesta de tres músicos, con acompañamiento de piano. Música oceánica, completa del principio al fin. Y ligeramente laxante. Por lo general, la primera pieza es "Immer Oder Nimmer". Esto imparte a la mañana su adecuado matiz espiritual. Recuerda que primero es un sándwich de queso, luego las barandillas de bronce, después las patatas y más tarde... "Oder Nimmer Oder Schwimmer". Seguido por "El vals del Danubio azul". Los holandeses son gente de gusto internacional; es decir, estrictamente neu-

trales. Sonríen muchísimo... Un hecho espantoso acerca del viaje, hasta este momento, es la preponderancia de libros. Es como si a bordo llegase una colmena de hormigas, todas ellas provistas de forraje suficiente para el más largo viaje imaginable. En caso que no hayas traído contigo un libro, la señorita Pfeiffer, bibliotecaria de la Línea Rolando-Norteamericana, te prestará uno de la biblioteca circulante oceánica. Hay plétora de libros. Todo el mundo lee... hasta el loco del calabozo. Ninguno dice nada. Pareciera que todos tuviesen miedo de quedarse a solas uno con otro. Hay a bordo unas pocas personas que tienen caras inteligentes y con quienes me gustaría hablar, pero son tímidos. Cuando ves que uno de ellos viene hacia ti, sonríes cortésmente y dices "¿Qué tal?", lo cual tiene por objeto evitar mayor intimidad. Este asunto del "qué tal" sigue el día entero, cada vez que pasas junto a otro... veinte, treinta, cuarenta veces por día. Ser educado y cortés es una manera de mantener a raya a tu prójimo. Lo congela. ¡Jaque mate! O... ¡mate ahogado!

Otra cosa... al levantarme de mañana, siempre me olvido que estoy en el "Veendam". Al parecer, creo que estoy viajando en el "Champlain": Al parecer, creo que estoy viajando en el "Champlain": por lo visto, recuerdo mejor aquellas caras de hace seis meses que estas nuevas que veo todos los días. Recuerdo las caras viejas porque eran tan joviales. En su mayoría eran franceses. Se reían, bailaban y se hacían bromas unos a otros durante todo el viaje. No había flores en la mesa; pero había vino en abundancia.. Aquí el vino más barato que puedes conseguir cuesta cincuenta centavos de dólar una media botella. Los holandeses no beben en las comidas. Toman un vaso de cerveza después de comer, según me explicaron.

Ahora, Joey, te voy a contar algo más acerca de las caras norteamericanas que veo a bordo, porque Norteamérica pronto será igual que los Países Bajos y en todos los buques habrá flores y una vaca de ubres grandes y gruesas que de leche cremosa en abundancia. Para estudiar lo que es la cara norteamericana lo mejor es observar a los jóvenes que este verano recorren Europa. La mayoría de estos jóvenes llevan el

pelo cortado al rape, como los alemanes. Primero todos fueron fumigados, recuérdalo, por favor. El propósito es echarse al sol el tiempo mayor posible y tener la tea de ese color que da la vida al aire libre. Debes también acordarte de llevar ropa de mezcla de lana y zapatos con suela de goma; si es posible, una pipa. Los labios deben ser finos, los ojos tristes, la cara bien asentada, como si fuese de cemento Portland. De cuando en cuando habrá una leve sonrisa, de una comisura de los labios a la otra, pero no más. Una sonrisa dolorosa, si es posible. Uno debe siempre dar la impresión de estar pensando cosas en extremó complicadas: el destino del género humano, el precio del trigo, las nuevas tarifas oceánicas para cargas. Debe tener un bloc en las rodillas y entre una y otra mirada profunda al mar levantar la vista con severa expresión, en son de burla, y mover ociosamente las dedos pulgares. Si alguno se acerca con evidente intención de hablar, entonces habrá que ponerse en pie de un salto súbito, alargar la mano derecha y decir: "Yo soy tal o cual... ¿y usted, por favor?" Esto es infalible. Si uno empezase sin este estirón de la mano, esta presentación a gatillo, las cosas podrían andar mal. Diría lo que no deba decir a la persona a quien no deba decírselo. El resultado final sería el caos...

El motivo por el cual es tan maravillosamente difícil escribir libros sobre Estados Unidos es que Estados Unidos es un océano. Hay tanto océano de Unidos en Estados Unidos, que no se puede ver el cielo ni el agua. Sólo el océano. Bogas a la deriva en una masa interminable de agua durante diez o doce días. La gente viene y va. Tu vida está trazada por la compañía como en un mapa y parece muy regular, muy bien regulada. En realidad te sientes caótico. Tienes la sensación de estar corriendo con la manada, y la manada está en una estampida. Ninguno sabe adónde va, pero todos nos mantenemos cerca del prójimo; así nos sentimos más seguros, más cómodos. Si de pronto alguno se quedase quieto, no siguiese la manada, se produciría una catástrofe. Para impedirlo hay una orquesta a bordo. A la primera señal de pánico, arranca la música. Luego todos empiezan a girar en torno del vecino nuevamente y comes esa deliciosa confiture que se llama Compota Holandesa y que encontrarás en el menú, segundo renglón desde abajo,

entre el pan y manteca. No se cobra nada aparte por el pan y manteca. Es gratis, como la música. Como el océano, que no te puedes quitar de la conciencia.

Ahora estamos entrando en el Círculo Polar Ártico... para demostrar que la distancia más corta entre dos puntos es una línea curva. El aire está fresco, el agua se llena de cabrillas. Un alisio sopla desde el Océano Ártico.

Interrupción mientras los musiker tocan "El desfile del Kaiser" en drei viertel takt. Hace un momento la orquesta terminó de ejecutar "La estrella polar", mazurka. Entre pieza y pieza el violinista cloquea como una gallina. Está poniendo huevos para su viaje próximo. A las cuatro algunos muchachos de Harvard que viajan en la clase turista bajarán a ofrecernos algo de jazz. Yo prefiero escuchar la orquesta de cuerdas holandesa con sus tres ejecutantes: está llena de ovejas y praderas, de arroyos murmuradores y mesas puestas con jamón y dulce. Todo esto apesta un poquito, pero es mejor ese olor que el monótono zumbar y gotear de la orquesta de jazz. Después de todo, la orquesta holandesa es surrealista. Está llena de pequeñas sorpresas; por ejemplo, "Pon un viejo par de zapatos". Cada vez que las cosas se retrasan, la orquesta ataca un Wienerschnitzel Waltz. Este vals está compuesto por las flores muertas de la mesa de ayer, más unas cuantas semillas de alcaravea, algo de queso holandés ato y los dientes postizos del violoncelista, que, a todo esto, se accionan con alambres, como una función de marionetas. Cada vez que quiere sonreír, primero sonrío con los dientes. Avisa justo un momento antes. Poco a poco se le abre toda la boca, enseñando la lengua saburrosa, las amígdalas, el paladar y la aislación. Por su parte, la orquesta de jazz está formada estrictamente por estudiantes de bachillerato: no saben nada de semillas de alcaravea, ovejas murmuradoras, flores muertas, dientes postizos, etc. El baterista toca con escobas de alambre: parecen escobas comunes que hubiesen sido desplumadas. La música no necesita dirección; sale como la pasta dentífrica. Ni siquiera hacen falta notas. Nada más que un cepillo de dientes y una escoba.

Hoy, como dije antes, tenemos un día muy fresco. Hoy tan luego el capitán ha decidido que los marineros limpien el aparejo. Y ahí están, allá arriba en el aparejo, con baldes y esponjas. Son órdenes del capitán. Mientras tanto, el capitán está sentado en la cubierta de popa, que es primera clase, con las damas de sociedad, mirando con sus prismáticos. Tiene puestos unos guantes blancos abrigados. Y los marineros, pobres cristos, los marineros están bailando un "hornpipe" con el frío. Las manos parecen bifes hervidos. Entre tanto, el barco cada vez está más blanco. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Para causar una buena impresión? ¿A quién? Para mí el buque ya estaba suficientemente blanco. ¿Por qué cuernos debe estar más blanco? A lo mejor están esperando el albatros. Tal vez todo ello sea parte de la rígida disciplina que de los marineros hace hombres verdaderos. Es posible que esto los aleje de practicar sodomía en la bodega unos con otros. Pero todo es muy triste y vano. El mal verdadero está en que no hay trabajo bastante. Cuando no hay trabajo verdadero, es forzoso limpiar y fregar, que las cosas estén blancas, más blancas. Esta es la base falsa y embustera sobre la cual se edifican la honestidad y la sobriedad. ¡Que quede blanco el buque! Mañana, o pasado mañana, estará sucio otra vez. Bueno, barco que no está sucio, barco que no navega bien. ¡Lógica oceánica!

Uno de los locos interesantes que están a bordo, es el cantante de ópera armenio que comparte mi camarote. Todos los días pregunta, en francés: "¿Qué día es hoy?" Si yo le digo que es jueves, él agrega: "¡Muy bien! ¡Entonces mañana es domingo!" Todos los días pregunta, en francés, cuántos días faltan para llegar. Si uno le dice cinco, él comenta: "¡Muy bien! ¡Entonces mañana estaremos allí!" A solas hace y deshace las valijas. Pasa el contenido de una a otra. Luego cierra y abre, probando todas las llaves. Después se prepara para afeitarse. Siempre está por afeitarse. Como es armenio, ¿sabes? la barba le crece con mucha rapidez. A todos pregunta: "Vous parlez francais, Madarne? ou Monsieur?" Hasta a los marineros holandeses pregunta: "vous parlez francais, Monsieur?" Lo que pasa es que quiere estar seguro. Lo gracioso del asunto es que él apenas habla un poco de francés. Pero le gusta oír ese idioma. Y así ocurre que todo el buque, la tercera por lo

menos, ahora está hablando francés. Todos han aprendido a decir: "vous parlez francais, Monsieur, ou Madame?" De todos modos, estaba bueno, como dicen los holandeses. Esta mañana arenque arenque Maa-tjes para el desayuno. A mediodía, albóndigas. Nada de vino. Nada de champaña. Nada de bebidas confortantes. Sólo cerveza Heineken, muy clara y espumosa. Como crema batida que se agría.

Como quiera que sea, los mástiles están lavados, las salvaderas han sido enjuagadas y se han puesto en las mesas los manteles marrones. Esta noche veremos a Lillian Harvey en "¡Vivamos esta noche!" Ojalá fuese en cambio una película pornográfica sans suite. "Vous parlez francais, Monsieur?"

Jueves, a bordo del "Veendam".

Toda una mañana entera de conversación con Herr Speck, de Rotterdam, también de tercera clase. La conversación me recuerda la dificultad de comunicación con el mundo. Herr Speck vino de Rotterdam hace doce años y encontró trabajo en la fábrica de carrocerías Fisher Body Company, de la cual es capataz o algo así. Quisiera aprender algo nuevo todos los días para así llegar a entender el mundo. En ocasiones, cuando se sienta a pensar, le falta poco para enloquecerse; tiene que dejar de pensar y ponerse a jugar a las cartas o hablar con la mujer, que es de costumbres más norteamericanas, es decir, más romantisch. Nos hallábamos el otro día de pie junto al pasamano de la borda, a popa. Herr Speck dijo que había estado estudiando el color del agua, preguntó por qué era tan verde a veces y agregó que finalmente esta mañana había llegado a la conclusión de que debía ser el agua sucia de lavar los platos y la basura que de cuando en cuando se tira desde los barcos. Explicó que eso hacía que el agua se pusiese grasosa y por eso tomaba la coloración verde, como cuando uno se marea y del estómago le salen esas porquerías. Y le aclaré que quería decir la bilis. Dijo: "Sí, en Holanda yo lo llamo billyus". Agregó que todos los días estaba de igual humor, siempre como si dijéramos tranquilo y contento; no podía entender por qué de pronto un día los hombres se denotan felices y al día siguiente están melancólicos. Cuando me acuesto, dijo,

yo solamente me quito los pensamientos, como me quito la ropa. Mi esposa ella dice que sólo tengo una pierna en la cama y ya estar dormido yo. Herr Speck afirma que siempre está inquieto y activo, salvo cuando piensa. Cuando me desierta yo salta de cama... quiero ver qué está pasando en mundo... ¡no puedo seguir acostado... siente muy nervioso para eso. Expresa que es maravilloso las miras amplias que tienen los norteamericanos; no como holánder que nunca sale su chico aldea. Eso está porque norteamericanos tienen buen sentido educar personas directamente en idioma inglés. No como Bélgica, que está una país atrasado porque valones tiene sólo cuatro y medio millones y quieren que Flandes habla francés también. Más de ciento años pasado Bélgica separada de pueblos holandos. Eso estaba muy malo para belgicos gente. Gentes Estados Unidos está mucho mejor. Todos trabaja y va adelante. Sola cosa tonta es dinero; dinero hace gente tonta y por eso se ponen haraganes y piensa nada más que placer todo tiempo. Ningún desarrollo de cerebro para que todo mundo está educado y alcanza éxito como ustedes llaman en la vida.

A Herr Speck gusta leer libros profundos; no eso romantischer porquería que su mujer muy tontamente lee. A él agrada lo que ustedes llaman "Digest". Está bueno "Digest" porque todo está rápido y ninguna tontería. Le gusta eso que usted llama libros profundos... y no amor todo tiempo. Soy hombre siempre solo, dice Herr Speck. A veces escucho un rato y entonces cuando yo está cortés me retiro en asiento trasero como ustedes dicen y pienso. Me gustaría más ser como gentes norteamericanas que están felices y alegres, que hablan de sus automóviles, cómo rápido viajan y otras cosas, pero yo está muy triste todo tiempo y debo primero entender directamente yo mismo qué pasa. Eso está mi felicidad: cuando puedo sentarme y entender qué es el mundo. Nunca río de gente, ni aunque me hagan preguntas estúpidas. Pienso siempre que ese hombre yo hablo tiene algo sensato que preguntar sólo no sabe cómo decir. Todos tienen cerebro y quieren saber algo de mundo. Debemos educar gente a hacer preguntas, otra manera nunca aprenderemos nada. Supongo usted ha leído ese libro de Van Loon, donde habla de hombre que él viene de chimpancé como usted llama.

Yo mismo piensa a veces ese hombre Van Loon está demasiado fantastisch. Va muy lejos con chimpancés. El hombre como digo yo todo tiempo es espiritual. Contrariamente sería sólo animal, ¿no? Van Loon dice una vez, hombre tiene músculos grande como mono y cerebro chico y esto hace la cabeza muy chica para el cuerpo. Estaba hace mucho tiempo, tal vez 3.000 años cuando pasaba lo que ustedes llama diluvio. No sé si ésa es palabra exacta. Mi educación este idioma no está tan buena ya. Yo estaba sólo cuatro meses escuela nocturna... Trabaja mucho todo día. De toda manera, él dice había grandes animales que ahora tienen sólo huesos en tierra. A mi parece cosa tonta asegurar que hace 3.000 años había animales como esos que nadie nunca vio. Eso es que yo llama escrito fantastischer.. No gusta a mí cuando él habla ese modo sobre tierra. Da impresión que yo está imbecil y él está más inteligente que yo. Fuera esto él escribe muy buenos libros, muy sensatos, gruesos y profundos. Como hay ocasiones que yo escucha ópera alguna vez. Está música buena y hermosa. Me gusta lo que está hermoso también alguna vez. Un hombre debe educarse para disfrutar música von ópera. Mi esposa dice ella cansa cuando yo habla estas cosa. A ella gusta jugar cartas noche entera y leer esa inmundicia que está las revistas. Está más rápido norteamericana que yo... Posiblemente porque está mujer y mujeres debe siempre tener cosas livianas...

Al llegar a esta altura hablamos durante un rato de los foraminíferos, los diferentes estratos de la tierra y las sustancias de que están compuestos, todo de acuerdo con lo que Herr Speck lee en el Literary Digest. Me dice que yo no me detenga, que le explique lo que era el mundo antes del diluvio porque de eso es de lo que él sabe menos. Me da las gracias por anticipado porque considera que cuando yo termine sabrá algo más que cuando empezó y con eso se sentirá mejor el resto del día. Así, pues, al cabo de un rato volvemos a la naturaleza espiritual del hombre que tan vital interés reviste para Herr Speck, porque él no quiere estar sólo animal que no puede pensar. Dice que todo estaría bien con sólo que nos amásemos los unos a los otros. Eso yo no llama

amor, dice Herr Speck, cuando dos personas juntan y hacen uno a otro enfermo con el fiebre. Eso es sólo lo físico como yo llama. Eso no está mejor que animales, ¿no? En este momento, me aventuro a contradecir a Herr Speck. Trato de explicarle que el amor físico es muy importante, tal vez más que el amor fraternal. Herr Speck dice que en eso estará en desacuerdo conmigo... y este momento yo explica usted por qué. ¿Qué está amor? ¿Cuánto tiempo dura? ¿Dos semanas? ¿Qué está eso? Yo llama amor lo que está espiritual, lo que hace hombre entender mundo. Amor no es un perro en calle que corre un lugar otro lugar todo día con nariz arriba. ¿Es así o no? Cuando dos personas aman uno otro, eso no está amor. Eso está lo físico. Eso está cuando cuerpo habla. Un cuerpo está para animales que no tiene sentido y no puede gozar océano ni ópera...

Y de este modo, mediante pasos graduales, llegamos al presidente Roosevelt, que es un gran hombre a juicio de Herr Speck. Presidente Roosevelt él dice cuando estaba elegido: "Yo no puedo hacer golpe bueno cada vez que juega béisbol". Esa estaba excelente observación von presidente Roosevelt. Sí, él es muy grande hombre, como su hermano Teddy. Supongo usted sabe de él, qué estuvo haciendo en Filipinas mucho tiempo hace. Era gran pensador también. Eso está porque yo digo Norteamérica hace grandes ciudadanos...

(Interrupción: ¡La campana llama a comer!)

Viernes, a bordo del "Veendam".

¡Unas páginas más, Joey, y estaré batiendo mi propio récord! Esta mañana copié algunos renglones en el Maneen Toilet, toilette de hombres. Dice así:

Men wordt verzocht in de privaten niets te werpen, waardoor deze kunnen verstoppem, of het door-strommen van water kan worden belemmerd.

Por supuesto, esto es holandés oficial. Para proporcionarte una emoción real, te transcribo ahora las últimas palabras de Nana, en holandés:

"Ik zon je nooit iemand gelukkig gemaakt... Ook mezelf niet... zoo ben ik geboren."

No volvemos al polvo, como dice la Biblia, sino al limo protoplásmico que cubre el suelo del océano. Además (esto lo aprendí justamente hoy), la distancia hasta la línea del horizonte, cuando se está de pie en la cubierta de popa, es sólo de veinte kilómetros. El motivo por el cual no podemos ver más lejos, aparte la cuestión de la miopía, está en que la curvatura de la tierra baja treinta centímetros cada milla. Esto pone el botalón a nivel de la quilla del barco que está más adelante. En lenguaje náutico es lo que se llama "geodesia" de la tierra. Todo esto me resulta demasiado húmedo.

Ayer nos quedamos levantados hasta la medianoche jugando al trino. Es un juego de achtendacheter, o sesensester. Se jugó en el comedor de la tercera clase y lo animó la presencia de unos cuantos luxemburgueses, algunos lituanos, unos pocos checos y frisonos y un celandés. Este último cultiva rosas en Ukaih, California. Rosas negras. Dice que es importante vigilar las raíces, que pueden contraer cáncer. El trino se juega con los cartones de la lotería y pequeños granos duros que se ponen en el número cuando se lo canta. Para jugarlo debidamente, el camarero debe atarse a la cintura una bolsa blanca; en esta bolsa blanca hay disquitos numerados de 1 a 90. El mejor número es achtenachtig. Le sigue en este sentido sesensester. Es muy buena idea tener un vaso de cerveza al lado para no caer dormido entre número y número. De mañana uno debe tomarse una purga porque el budín no cambia nunca. Todos los días sirven el budín Nesselrole con un nuevo difraz. Tiene el mismo, gusto que las raspaduras de los extractores de aire. Igual que las pommes rissolées. Más o menos a las diez y media sirven sándwiches de fiambre y un salpicado de semillas de alcaravea. El que quiere darse una ducha anota su nombre en una hoja colgada en

el toilette. Debe notificar al encargado del toilette con anticipación... unos veinte minutos antes. Eso se hace para que pueda abrir el vapor que calienta el agua y abrir la puerta del armarito donde se guarda el jabón para agua salada.

El jefe de los mozos es un hombre de Haarlem. El es quien dirige el partido de trino. Lo primero que hace, como expliqué un instante, es atarse a la cintura la bolsa blanca. Luego se sienta cuidadosamente y, cada vez que saca de la bolsa un disquito, canta el número: primero en holandés, y luego en inglés, luego en alemán, luego en francés y luego en italiano. En cuanto alguno grita "¡Kino!", llama al mozo de cubierta que está de pie a su lado, le señala afablemente al ganador, y luego con un floreo modesto, le indica que lea despacio la columna ganadora, un número por vez. Cuando el mozo de cubierta canta el número, el jefe de los mozos, que está sentado cómodamente a su lado en una silla, con su bolsa blanca en la cintura, despacio y pensativamente busca la lotería, y cuando ha encontrado la lotería correspondiente al disco numerado, levanta la mano derecha y, después de la debida pausa, repite el número que el mozo de cubierta acaba de leer.

Digo "acaba de leer". En realidad, entre ambas operaciones ha transcurrido un tiempo infinito. Pero estamos en el océano horario, donde el tiempo es minucia sin ningún valor. Como quiera que sea, luego que el mozo de cubierta ha dicho "¡Sí, está bien!", el jefe de los mozos dice "Está bien, sigan" y de éste se llega al momento en que se lee el siguiente número ganador de la línea ganadora del cartón ganador. Si durante esta fase del juego da la coincidencia de que el mozo de cubierta sea llamado a cubierta, el jefe de los mozos interrumpe el partido y durante la pausa todos permanecen sentados y sonrientes. Sería inconcebible delegar en otro, en el encargado del toilette, por ejemplo, la tarea de leer la columna ganadora. Esto es trabajo del mozo de cubierta y no es cuestión de cometer errores. Puedes ir viendo que cuando tomas un buque holandés, es posible que no sea tan rápido, es posible que no sea tan alegre, pero es limpio y seguro, y no se cometen equivocaciones. Si da la casualidad de que hablas el dialecto luxemburgués (que se llama gukkuk, recuérdalo bien), entonces son aún menores las

posibilidades de que incurras en error. Todos estos idiomas derivan del bajo alemán y ésa es la razón de que los valones, aunque no son más que 4.500.000, no permiten que en su lengua se metan los flamencos, que de todos modos no saben hablar francés. Por eso los frisonos, por ejemplo, dicen: "vest mit bestreepte pantalon en dessin moderase". La base de lo holandés es un centón de colores en su mayor parte oscuros. Por eso rellenan el Zuider Zee, porque el patinaje precisamente en invierno no cubre los gastos. El azúcar, a todo esto, se hace de caña muy ordinaria. La leche no es desnatada. Las patatas son grasientas. La carne es siempre sopa de carne. El budín es Nesselrole. La cerveza es cerveza Heineken y no te da dolor de cabeza. La cerveza se bebe después de las comidas. Las salivaderas se lavan dos veces por día, más si es necesario.

Entre paréntesis, no debes crearte la impresión de que los holandeses sean faltos de inteligencia. Por el contrario, yo diría que son muy inteligentes, aún más que la foca o la nutria. Por ejemplo... ¡poner un arenque salado en la ensalada! Debes comprender que los seis primeros días no tuvimos más que hojas de lechuga sin ningún agregado y sin aderezo. Sin embargo, el cocinero, cuando observó que ya nadie comía la ensalada, rápidamente (es decir, seis días después... ¡pronto para los holandeses!) sacó los arenques salados y los hizo poner de través sobre las hojas de lechuga. La consecuencia es que uno come las hojas de lechuga con el fin de quitarse de la boca el gusto al arenque. Debo también hacerte notar que estos arenques no son los de la corriente variedad Maatjes, tal como abundan en el Mar del Norte. No, éste es un arenque largo, como una serpiente, que tiene una cabeza más bien chata; los ojos son apagados y vidriosos y las agallas dan la impresión de tener sangre. La piel de este arenque es negra y bastante difícil de arrancar, pero ten en cuenta que esto se compensa en virtud de que el arenque ya no es grasoso ni resbaladizo. Puedes sostenerlo firmemente con una mano y decapitarlo de un mordisco. Si las hojas de lechuga están todavía un poco húmedas, esto da al arenque el sabor justo y preciso. Porque el arenque, como toda otra forma de vida, es fundamentalmente "protoplásmico". O, tal como lo expresó Maasenduy-

ckvansten, el gran poeta holandés: "Van op het doorstroopen uit iemand belemmerd". Grosso modo, esto significa: "El que muerde suavemente sabe lo que es una gran paz de espíritu".

Dado que la lengua holandesa es para mí una cosa bastante natural en virtud de mi bajo linaje, pasaré a un estudio de los dialectos corrientes. En mi próxima entrega es probable que diga unas palabras acercó de la lengua Wriessischer. La característica peculiar de este dialecto es la tendencia, por parte de los Friessischers, a hacer muda la d, para lo cual abren la epiglotis. Mientras el hombre de Utrecht dice *goot belemmerdt denket*, el frisón denotará tendencia a pronunciar la frase de este modo: *Goosesch blenzmerdetsem dett*. De acuerdo con filólogos modernos, esta idiosincracia deriva de una falta fisiológica de los arenques que los frisonos consumen en grandes cantidades. La falta de proteínas y de yodo (particularmente la falta de yodo) determina un factor etiológico, no advertido hasta el presente, en los tejidos de la tráquea, fenómeno que no desconocen quienes están familiarizados con los hábitos del cachalote. Cuando se acerca el cachalote, el frisón sopla. Cuando el frisón habla, lo que hace, in lingua philológica, no es más que recapitular el defecto ontológico de su hermano mamífero, el cachalote. (Véanse en la addenda, más notas de pie de página).

Domingo, todavía a bordo del "Veendom".

Mannheim se llama el loco del calabozo. De acuerdo con lo que sabemos de él, es holandés y, por consiguiente, lo deportan a su tierra natal por cuenta de la Reina. Mannheim tiene el grado de locura suficiente para saber que lo asiste el derecho a un servicio especial. Se ha hecho asignar un médico especial y una nodriza que lleva un saco rosado a rayas. Durante los tres últimos días Mannheim ha sido el centro de atención. Está de pie en la portilla de su celda el día entero, a veces hasta muy avanzada la noche; con un cigarrillo en los labios. Cuando el cigarrillo se consume le enrolla en torno un pedazo de diario húmedo para hacerlo durar un poco más. Sólo fuma cigarrillos Pirate traídos de La Haya. Cuando la conversación decae, Mannheim se pone a telegrafiar con su anillo de sello. "¡Operador, déme con Asbury Park!

Habla Mannheim. ¡Hola! ¿Hablo con O'Connell? Quiero comunicación con las Islas Filipinas. Estación WJK, N° 533". Espera unos segundos a fin de que el mensaje pueda retransmitirse por medio del Archipiélago Malayo. Luego que consigue comunicación con las Islas Filipinas, me dice: "¿Cómo llama usted a esas estatuillas de la India...? No ve nada... no oye nada... ¿y cuál es la última? Generalmente están labradas, en marfil. ¿Qué nombre le da usted? Una vez leí un libro que trataba de la China. Sí, en el Saturday Evening Post. Son muy fuertes... y crueles".

La manera de contestar a Mannheim consiste en hablar de alguna otra cosa. De Greta Garbo, por ejemplo. ¿Qué piensa usted de Greta Garbo?

Al oír esto, Mannheim echa atrás la cabeza y mira fijamente el cielo. A su rostro asoma una sonrisa... una sonrisa astuta, maliciosa.

-Bueno -expresa, midiendo las palabras-. Yo se lo diré. Es así... Greta Garbo es una gran actriz, muy gran actriz. Tiene lo que ustedes llaman inteligencia. Se llevó todo el dinero y lo depositó en Suecia... ¡antes de la crisis! Chaplin es también un gran artista. No necesita hablar...

Precisamente entonces llega un mensaje de las Antillas. Mannheim suspende toda conversación, golpea dos veces con el anillo de sello y espera una respuesta. "¡Hola! ¿O'Connell? Habla Mannheim. Coloca dos destructores delante. Despacha todos los buques por el estrecho que está entre Staten Island y Long Island. Enciende los reflectores. Y, por orden de la Reina, pon una lata más de arenque... Arenque Maatjes"... "Ahora le diré, en cuanto a Greta Garbo... En la bodega hay 24.000.000.000 de dólares en oro. Roosevelt no sabe nada. Es el mandadero de Morgan y Rockefeller. He hecho un estudio enorme de toda la cuestión. Soy etnólogo, como usted lo llama. Hago relojes."

Mannheim se detiene un momento y sonrío con la sonrisa zalame-
ra, astuta, suave, evasiva y hermafrodita del lunático que se encuentra en el umbral de la lucidez. Sabe que dependemos de sus palabras, que

esperamos algo de él. Tiene la boca semiabierto, está por decir algo. Repentinamente cierra la boca fuertemente y desaparece la sonrisa.

Iba a comunicarnos algo, pero ve que lo miramos sonriendo con una mueca de dolor y decide que no valemos la pena.

-¿Así que usted es psicólogo? -dice alguno, simplemente para que arranque.

-Sí, soy psicólogo.

-¿De dónde sacó su psicología?... ¿Ha leído a Freud y a Jung?

-La saqué del mismo lugar que ellos... de la fuente.

-Dicen que usted está loco... ¿Es verdad?

-Es verdad. Estoy loco. Estoy muy loco. Soy vicioso.

-¿Le gustaría mejorarse?

-No, quiero empeorarme... entonces estaré mejor. Si usted es cuerdo, entonces yo quiero ser insano. ¿Tiene un buen empleo? ¿Le sirven las comidas con regularidad? ¿Se da cuenta? Yo soy lo que se llama...

Se interrumpe. Levanta la vista en dirección al cielo, como si estuviese leyendo un mensaje privado. Cuando la vuelve a bajar hay en él esa sonrisa astuta, maliciosa, cautivante. Esto significa que quiere seguirnos la corriente, ser loco, si eso es lo que deseamos que sea.

-Mannheim, creo que usted está sencillamente chiflado -dice Schwartz, quien sospecha que Mannheim sólo finge locura-. Me parece que usted no es capaz de contestar en forma simple una pregunta simple.

-Está bien -dice Mannheim-. Hágame unas cuantas preguntas.

-¿Quién fue Hamlet?

-Hamlet... Hamlet... A ver... Hamlet era Shakespeare. Déjame ver... Mercader de Venecia... No. Fue Shylock... quería una libra de carne.

-¿Quién?

-Macbeth.

-¿Dónde están los hotentotes?

-Los hotentotes vienen de Asia... de cerca del Zambeze.

-Las Cataratas del Niágara.

-Están cerca de Búffalo... Sirven para lunas de miel de recién casados.

-¿Dónde se encuentra el obelisco?

-El obelisco es lo que ustedes llaman jeroglíficos... En el Parque Central.

-¿Cuántos idiomas habla usted?

-Sesenta y ocho, sin contar los dialectos.

-¿Tiene un reloj cuya marcha se interrumpe a voluntad?

-No. Interrumpa su ristra de estupideces y tendrá un reloj que se interrumpe.

En este momento Mannheim parece que ya no quiere más. Da tres golpecitos con su anillo de sello y luego, en voz alta y clara, grita: -
¡ORACIONES MATUTINAS!

Dicho esto, tira un pantalón de pijama y una chinela de baño.

-Mannheim, se está poniendo violento.

-Sí, pasa porque estoy loco. Soy ruin, ¿sabe?

-¿Cómo vamos a bailar esta noche si usted no tiene pantalón de pijama?

-No quiero más solemnidades... Hágame más preguntas... Usted está en un momento de lucidez.

-¿Qué me dice de las mujeres? ¿No se siente solo y triste ahí?

-No, las mujeres no son mi quebradero. Tengo otros dolores de cabeza.

-¿Por ejemplo?

-Pasar el tiempo.

-¿Adónde van a parar las horas que perdemos cada día?

-A la eternidad.

-¡Muy bien! ¡Cien por ciento!

-Déme 98... Con eso basta.

Ha empezado el concierto de la tarde. Hay una interrupción. A esta altura todos están completamente relajados. El violinista no se para más; se reclina sobre el banco, con los pies abiertos en una silla y toca sin mirar las notas. El pianista trabaja como el rayo. Estamos

acercándonos a Plymouth y sólo habrá un concierto más hasta que los pasajeros desembarquen. Apenas el tiempo necesario para recibir una propina de los pasajeros salientes. Se derriban las barreras, todos se sienten felices.

Québrando por fin el hielo de la rigidez, tengo ganas de invitar a los músicos a beber una copa. Al mismo tiempo, noto que tengo derecho a algo especial... si los invito a beber. Llamo al violinista y le pido que toque algo genuinamente holandés. Menea de lado a lado la cabeza. -No tocamos más -dice.

Un país sin música; yo no puedo concebir tal cosa. Toda esta katzenmusik que han estado endilgándonos proviene de Alemania, según me cuenta. Los holandeses sólo tienen música folklórica. Algo de eso oí anoche: un carpintero holandés tocaba villancicos holandeses. Era triste. Muy triste. Más triste todavía que la música navideña anglosajona. Una dama de sociedad de la primera clase bailó un zapateado en obsequio a nosotros. Calzaba zapatos de taco alto. También eso era triste. Lo único fue la pollera apretada que usaba; exponía su hermoso culo.

Esto lo escribo en el salón. Todos vienen a preguntar si he escrito algo acerca de ellos y qué ha sido. Especialmente la cantante de ópera. Es mitad española y mitad holandesa; de nacionalidad, rusa. Le gustaría que yo escribiese su biografía cuando deje de cantar, lo cual será dentro de unos tres años. Dice que anoche el cielo raso estaba muy bajo y tuvo miedo de las notas altas, no fuera que se cayese el techo. Había también una cantante francesa anoche; una patada en la barriga. Procuró cantar como una lechera. Quizás pertenezca a la Opéra Comique. De todos modos, acaba de preguntarme si diré algo de la canción de primavera que ha cantado. Se llamaba "Primavera"... del siglo decimosexto. Según me explica, todo estriba en no llevar el cántaro a la fuente demasiadas veces.

Desde donde estoy sentado puedo ver a Mannheim. Parece preocupado. Acaba de preguntar a alguien qué marca el barómetro. Además, se le han acabado los cigarrillos. El bar está cerrado, hasta las 3.30... porque es domingo. Los músicos están de pie cerca del bar

esperando que abran. Han prometido beber una copa per cápita. Mannheim me está llamando mediante golpecitos, para que vaya a proseguir la conversación. Dice que soy la persona más simpática del buque. Además, afirma que soy inteligente.

El violinista acaba de preguntarme si me divertí en el viaje y contesté que sí. Y entonces preguntó: ¿CUANDO? ¿Has entendido, Mannheim?

Tengo que bajar a hacer pipí. Sería inútil que me sentase. Es mejor hacerlo explotar con dinamita cuando llegemos a Boloña. ¡Ahora la calina de Scheveningen obra como un anestésico! Los arenques se retuercen en mi estómago, junto con las pommes rissolées y los budiñes Nesselrole. Esta noche a las siete llegaremos con los formularios en blanco de extranjería que a todos los pasajeros que descienden en Plymouth se pide que llenen por favor. (Advertencia especial para Mannheim: No llene el formulario. Vaya directamente a Rotterdam en destructor y preséntese al botones de la Reina. ¡O'Connell, por favor, aguarde un nuevo informe!)

Alguien me anuncia que Mannheim amenaza con acusarme judicialmente si lo menciono en un libro. Dice que tampoco quiere ser fotografiado...

Acabo de mantener una breve conversación con Mannheim. Me dijo: ¿Qué estaba haciendo ahí dentro? Escribiendo, contesté. No puede hacer eso, dijo él. Tiene que consultarme antes. Tengo que darle el título; de lo contrario pierde el tiempo. ¿Qué va a decir de mí? No sabe qué poner; no me ha consultado. Esta noche le presentaré al médico: él le dirá todo lo concerniente a mí. Con esto se hará famoso. Pero antes necesito ver qué escribe. Luego le haré sugerencias. Formaremos una sociedad anónima. Yo me quedaré con el 99 % y partiremos el resto por mitades. Tiene que trabajar más de prisa porque pronto estaremos en Plymouth. Espere un momento... Le diré lo que tiene que hacer... Debe enviarlo por cable. Es demasiado tarde para mandar el texto por correo. Tráigame las páginas y las telegrafiaré yo mismo. Supongo que usted espera sacar mucho dinero, ¿eh? Si sólo escribe por placer es inútil, pierde el tiempo. Es mejor que lo rompa. Además, si no me

consulta no tiene inspiración. Asígame conmigo y gane cien centavos por dólar. Asígame una manzana y algunos cigarrillos... marca Pirate. Hoy estoy nervioso... la Reina está esperándome... Ponga eso en su libro.

Esta noche en la mesa pregunté a Herr Speck cuánto piensa dar de propina al jefe de los mozos. Rápidamente respondió: un dólar y medio. ¿Y cuánto al mozo de cámara? Un dólar y cuarto. Dijo que el mozo de cámara no era tan bueno... se olvidó de anotar su nombre en la lista del baño dos veces. ¿Y qué pasa con el encargado del toilette? Le daré 35 centavos, dice Herr Speck. Nunca hizo nada por mí, salvo entregarme una toalla. Yo mencioné algo acerca de las barandillas de bronce. ¡Uf! refunfuña Herr Speck. Yo podría hacer pipí aunque no estuviere lustradas. ¡Eso lo paga la compañía!

El celandés de mi izquierda va a visitar a sus tres hermanos; viven en partes distintas de Holanda. Como ellos tendrán que tomarse un día franco cuando él los vaya a visitar, ha decidido pagar a cada uno el jornal de un día conforme a la tarifa en vigor. Con eso estaremos a mano, dice.

Ahora todos están emocionados porque tenemos tierra a la vista. Dado que solamente es Inglaterra, a mí no me importa un pito. He visto tierras mejores.

Mannheim no tiene planes precisos. Sólo quiere empeorar para estar seguro de sus tres comidas por día y un lugar en que dormir.

Una gaviota acaba de soltar un poco de liga para atrapar pájaros, la cual cayó en el saco de una mujer. Es la lituana que tiene tres hijos bulliciosos. Dice que entablará pleito a la compañía, reclamándole un saco nuevo. Conoce sus derechos.

Acabo de mantener una breve charla con Mannheim...

-¿Por qué parte de Inglaterra estamos pasando?

-La parte meridional.

Ríe astutamente. Luego añade: -Dígame, ¿no estamos cerca de la Isla de Wright?

-Creo que sí.

-¿Y de la Isla de Man?

-Sí.

-¿Entonces dónde está la Isla de las Mujeres? ¡Ja, ja!

Le pregunto si no quiere darme su dirección futura en Holanda. -
¡No hay nada que hacer! -grita.

-¿Entonces cómo haré para escribirle?

-No se preocupe -vocifera-. Tardo sólo minuto y medio en tomar la decisión... para siempre. Mándese un sobre estampillado y póngale encima algo de jugo de muñeca.

Vuelve a sonreír con astucia y sigue: -Escriba lo que escriba, será muy tarde. Yo soy el único que puede escribir el artículo para los diarios. Saqué patente.

Me tira una cigarrera en la cual hay una cáscara de naranja. -¡Para las golondrinas! -exclama-. Están volando hacia su país con Mada...

Vuelve a sonreír con astucia y sigue: -Están volando hacia su país con Madame Schumann-Heink. No se paga derecho por cáscaras de naranja. Pronto nos liberaremos de ustedes los locos. Seré el último en bajar a tierra. En el muelle habrá un carruaje especial esperándome. Voy a ver a la Reina... Se llama Aubergine. Está un poco chiflada también, tal como usted dice. Pero sus papeles están en orden. Por lo general viaja en primera clase, a menos que haga mucho calor.

El ministro de Kentucky está parado junto a la barandilla, rodeado por sus discípulos. Les señala la tierra, ¡como si ellos no pudieran verla solos! Les describe la naturaleza del suelo. Pronto volverá a hablar de cruceros, naves, ábsides. Algunos pasillos tienen anchura suficiente para que pasen treinta monjes de frente. Otros son más estrechos. Por encima del dintel están los impedimentos donde hay una claraboya. Se llama claraboya porque desde arriba puede verse claramente.

Ahora vamos a cruzarnos con un buque grande. ¡Salgan todos a proa para leer el nombre pintado en el casco!

Era el "Olive Bank", un velero cuyas velas tienen parches de colores. El profesor Went acaba de tomarle una instantánea. El profesor aún no ha cruzado una sola palabra con ninguna persona a bordo. Me

pregunto si extremará la nota hasta el último extremo. Ya que es profesor, tal vez lo haga.

La cantante de ópera ha venido hace un momento para darme la noticia de la goleta de cuatro palos. ¡Ya lo anoté, señora! Ha llegado tarde.

Ahora, mientras nos aproximamos rápidamente a Plymouth, donde desembarcará el señor Schwartz, quiero agregar, para su información, que si su hermano me piratease el libro, no se olvide por favor de poner mi nombre en la portada y que no elija un idiota de medio traste para hacer las ilustraciones. No quiero llegar a la posteridad como escritor "pornográfico", ni siquiera en una edición pirateada. ¿Queda bien entendido, señor Schwartz?

Una nota especial para James Laughlin, cuarto descendiente de este nombre... Estimado Laughlin: Ocúpese, por favor, de que esta carta se imprima en un papel avitelado hermoso... no más de cincuenta ejemplares, numerados y firmados por el autor. Entregue la mitad de los derechos a Herr Mannheim, a/c. Reina Aubergine, Scheveningen. Dígale que emplee el dinero en comprar cigarrillos... marca Pirate. Si es posible, por dentro de la encuadernación salga un cordoncito de seda, para que parezca un programa de baile. Agregaré una Addenda y una Fe de Erratas cuando llegue a Boloña.

Y ahora, mi estimado Mannheim, una palabra de despedida para usted. No puede imaginar la tristeza que siento al separarnos. Usted ha sido en el buque la única persona por quien he sentido simpatía. Es una lástima que no encierren a los otros y a usted lo dejen en libertad. El mundo sería mucho más alegre y libre si a bordo hubiese gente como usted. Me gustaría tenerlo a mi lado en la mesa esta noche, con su saco de pijama únicamente, tal como está cuando telegrafía a Honolulu, Singapur, Manila y lugares del oriente. Me agradaría que bajase tal como está, con las esposas en torno a su "pulso", tal como llegó el día en que zarpamos. Me encantaría compartir con usted un arenque, de ser posible uno a rayas azules y blancas. ¿Están en orden todas sus cosas? ¿Se ha cepillado los dientes? ¡Hasta pronto, Mannheim, y que el Señor

lo bendiga! ¡Qué pena que todos no podamos ir al manicomio! No dudo un solo instante que estaríamos mucho mejor...

ADDENDA

¡Por fin en suelo francés! Tengo que decir algunas palabras antes de cerrar esta carta sobre la última etapa del viaje. Esto lo dirijo a todo el mundo...

En el instante en que partimos de Plymouth sentí una gran calma. El propio Plymouth es un sedante para los nervios. Inglaterra misma llega allí a una noble resolución, donde la tierra termina. Adelante el mejor de sus pies, y este pie no tiene bota ni espuela. Es verde y suave, ensoñador, soñoliento. La tierra parece respirar como en el mismo amanecer del tiempo. ¡Con sólo que no fuésemos ingleses! Ya se mueven en torno nuestro los funcionarios de aduana, los changadores y qué sé yo cuántos más. Se desplazan lenta, suavemente, sin ostentación, con esa irritante eficiencia serena que siempre distinguió a los ingleses. En el acto mismo siento odio hacia ellos. No realmente odio, sino aborrecimiento. Parecen ostras animadas. Noto la dura caparazón que oculta la carne floja: noto su imperturbable posesividad. ¡La ostra que intentó tragarse al mundo! Hay algo de ridículo en ellas: parecen subhumanas. Miro los buques de guerra anclados, las fábricas, los tanques de gas, el faro. Existen y, por lo tanto, doy por sentado que los hicieron los ingleses. No puedo pensar en los ingleses como algo que no sea seres capaces de actos horribles y brutales, y piratas; ¡y tan diabólicamente serios! ¿sabes? ¡Pero que se vayan a la mierda! Yo no bajo aquí...

¡Bolonía! ¡Los franceses! Viene con el alijador: un clamor, una estridencia, una anarquía, una conmoción nerviosa que la ocasión no justifica en absoluto. Nadie sabe qué ocurre, sobre todo los franceses. Aun antes de que un francés ponga sus pies en el barco ya hay confusión y caos, tales como sólo puede producir la lógica más inteligente. Es algo tónico y refrescante; en el acto mismo se regocija la mente. Ahora no importa lo que pase: algo está ocurriendo, ¡eso es lo que interesa! Nos dirigimos trabajosamente al muelle en medio de la agitación y el parloteo. Casi podrías suponer que nuestra llegada los ha

sorprendido. Nada sale bien. Nada está listo. O así parece. Es el estilo francés... ¡y me encanta! Están de pie mirándome como si se hubiese cometido un error enorme, como si hubiesen enviado el lanchón a buscar un cargamento de ganado o de hortalizas y de pronto... ¡ah! he ahí un barco lleno de turistas cargados de equipajes costosos. ¿Qué se puede hacer? Como quiera que sea, huelen las propinas inminentes. Me da la impresión de que los veo chupándose los labios. Tal vez sea mi imaginación.

Estoy de pie en la borda, disfrutando en silencio el alboroto, los errores y la confusión, cuando de pronto oigo que un oficial le grita a un hombre que está en el desembarcadero, el que dirige la grúa que está por pasar sobre nuestras cabezas. Lo oigo decir que la grúa debe ajustarse de forma que "coincida", etc. Esta palabra coincide, saliendo de los labios de ese hombre, me produce la satisfacción más intensa. ¡Tiene un sonido tan sutil y civilizado! ¡El idioma! En el acto estoy en un mundo matemático, un mundo en que las cosas se ordenan euclidianamente y por sobre todo, con justicia. ¡Confusión y lógica! Apenas una contradicción superficial. Fundamentalmente no hay contradicción. Para ese equilibrio perfecto que representa la persona francesa debe haber un caos externo con el cual hagan juego exacto un orden y una precisión internos tanto más maravillosos cuanto que son puramente autónomos, que cada uno lo crea por sí mismo.

Cuando el tren que coincidió con el barco llega a Creilly estoy convencido de que nos encontramos en Francia. La región costera me infunde una sensación de duda; pero la estación de Creilly es francesa fuera de toda duda. Se está desmoronando; jamás la repararon ni pintaron desde el día en que se la erigió. Trae a mi cerebro recuerdos de hoteles en que habité durante mi larga permanencia en Francia: las sillas que se mantenían armadas con tiras de cuero, el papel de las paredes hecho trizas, la alfombra de la escalera llena de remiendos, los cristales rotos de las ventanas, los armarios que nunca pueden cerrarse con llave, las toallas gastadas y tan finitas como papel de seda... Luego, en el camino a la Ópera, esta sensación se apodera de mí otra vez. Están demoliendo un edificio: veo la pared medianera, tiras de papel

blanco y azul, flores en serie, la marca negra de la chimenea, el diseño de la escalera. Un poco más allá el nombre de un hotel colgado en la fachada con letras doradas de treinta centímetros de alto, un nombre que sólo los franceses son capaces de inventar: Hotel d'Egypte et de Choiseul. ¡Choiseul! Significa una calle y un restaurante, y siempre al atardecer o en la noche; inmediatamente después una taza de café de Brasil, gota a gota, con tazas de latón y pasteles a elegir en el mostrador. Choiseul., me recuerda a Fustel de Coulanges, la callecita contigua al Val-de-Grâce. Choiseul... me recuerda que nunca debo hacer a Fred una pregunta que exija respuesta precisa. Lo fastidia. Por eso nunca pregunté quién o qué es Choiseul: una calle y un restaurante hacia el anochecer, e inmediatamente después una taza de café brasileño, gota a gota...

Ahora aquí, junto a mi hombro, tengo un libro que elegí con sólo un vistazo: Bubu de Montparnasse. La curiosa edición francesa, con ilustraciones de estilo antiguo. Sostener este libro en mis manos es como abrazar a un viejo amigo. Paso las hojas distraído: parece que los árboles estuviesen perdiendo sus hojas. Veo el Sena, los embarcaderos, las calles estrechas y tortuosas con la palabra HOTEL destacada y, por supuesto, hombre de saco y sombrero hongo, inclinado un poco, con el bigote caído. El año fue 1690 más o menos, época astrológicamente muy importante, tal como acaba de explicarme Eduardo. Yo nací en esa época de la gran conjunción: ¡la de Plutón y Neptuno! Mi vida entera está rodeada por una pequeña castaña que se desprendió de un árbol durante los años inmediatamente anteriores al amanecer de un siglo nuevo. Ahora estoy en Louveciennes. Súbitamente se han apagado las luces. Es probable que en París estén apagadas también. La puerta ya no cierra, las bisagras están oxidadas, el asiento del inodoro está rajado y se le ha saltado la pintura, las paredes del comedor están cubiertas de moho. Aquí la menor falta de cuidado es costosa, ruinosa. Las cosas se deterioran con mayor rapidez que en Estados Unidos. Deterioro físico. Pero el alma se expande. En forma constante y paulatina, como la marca del termómetro que sube, se expande el alma. Las cosas se pudren y en esta rápida podredumbre el yo se entierra como

una semilla y florece. Cesa la sensación de paredes secas, de cortantes divisiones, de fractura y cisma; aquí el cuerpo se convierte en la planta que es, desprende su propia humedad, crea su propio ambiente, produce una flor. Ahora una flor nueva cada día. El yo está firmemente arraigado, el suelo con su buen abono. En vez de un millón de paredes que se elevan en forma de torres, sólo una gran pared, la muralla china que los franceses han construido con su propia sangre. Dentro de esta muralla, una seguridad y una serenidad que Norteamérica no conoce. Allá una lucha cotidiana para reparar los diques; cada día nace uno nuevo, una criatura que debe madurar al anochecer y morir.

¡Norteamérica! ¡Qué lejos pareces ahora! La distancia no lo explica. Hay algo más. Cuando pienso en Nueva York pienso en un niño gigantesco que juega con potentes explosivos. No tan nuevos como inhumanos. Toda la experiencia no significa nada. Uno se despierta de mañana para contemplar un continente virgen que no ha conocido historia. Un salto limpio, sin tradición, de la barbarie a la demencia de la civilización. Una civilización externa, visible en perillas, bulbos, soportes, perchas, tornillos, poleas, acero, cemento... Cómo o por qué se erigió un rascacielos carece en absoluto de importancia. Está ahí... ¡eso es lo que importa! ¡Hechos! ¡Hechos! Te pegan en el ojo, te tiran redondo al suelo, te pisotean. Caminas entre hechos día tras día. Duermes con hechos. Comes hechos. Supongamos que durante una noche todas las maravillas de Egipto, China, Cartago, Roma y Babilonia se desenrollaran y se dejasen tendidas en la calle. Suponiendo que nadie supiese de dónde provenían, cómo llegaron allí, qué significaban. ¡Eso es Nueva York! Es el interior de un reloj que funciona perfectamente en un caos increíble. Nadie jamás ha estado fuera de él, mirándolo desde fuera. No hay quién sepa qué es un reloj. El reloj marca el tiempo a la perfección. ¿Qué clase de tiempo? Pregunta que ningún norteamericano se formula. Es la hora... o más bien es un reloj. ¡O un mecanismo que se asemejaría a un reloj si en la conciencia de los norteamericanos hubiese algo capaz de imaginar un reloj. Pero no hay nada...

Mirando ahora el Bubu de Montparnasse acude a mi memoria la imagen del bulevar Sébastopol tal como se fijó en mi retina durante un paseo en taxi. Saliendo de la Gare du Nord no había advertido la dirección que tomábamos. Casi no miré París. De pronto me di cuenta de que estábamos en el bulevar Sebastopol. Me fije deliberadamente en las tiendas, en las multitudes, en los hombres y mujeres individualmente. Eran las últimas horas de la tarde y el cielo estaba cubierto. Toda la calle está grabada en mi vista con tonos sombríos. No es el cielo cubierto el que lo motiva; es algo que está en el cielo, algo impecederero, un efluvio permanente emanado de cada ciudadano y de sus antepasados desde las tumbas. El bulevar Sebastopol es casi negro. Un negro hollín y no el negro egipcio fulgurante que reflejan las entradas de los rascacielos. Miro la gente de las aceras. Son negros también. Negros y decrepitos. Están andrajosos, como la pared dismantelada, sucia de hollín de chimeneas y llena de flores descoloridas. Sólo estamos a la mitad de la tarde y ya están negros. Así han estado desde la mañana. Negros se acostarán. Negros se despertarán. El cielo seguirá cubierto, volverá a llover, y habrá mostradores de ocasiones en la calle y pequeños bolsos negros en que llevar las cosas compradas. Caminarán con un pie calzado y otro descalzado. Un sou tendrá importancia, se lo contará cuidadosamente, aunque tenga un agujero. Nada se tirará al arroyo; ni siquiera una cáscara de banana. Este hombre pedirá fuego; a fin de ahorrarse un fósforo. Mañana la situación habrá empeorado. Pero nadie soñará en decir: "¡Afuera todo eso! ¡Arrásenlo por completo!" Ninguno se atreve a soñar en una vida totalmente nueva, nueva desde el principio mismo. Nadie sueña en una vida sin polvo, sin pobreza, sin pesar, miseria, enfermedad, muerte, desastre. Todos estos elementos fluyen ahora por la calle en un río negro, una cloaca de desesperación que corre por el mundo terrenal donde vagan intranquillos los fantasmas y los antepasados. Tan cerca están los hombres de debajo, que los pies de los de arriba les rozan las cabezas. Las sepulturas rebosan, los muertos son despedidos del interior, como si las sepulturas los vomitasen. En algún lugar del borde hay una pérdida. Por esta rajadura del mundo subterráneo sale un vapor gris que convierte al

mundo vivo, a los hombres vivientes, en negro hollín. El pasado resue-lla pesadamente bajando por nuestros cuellos. Revolotea y palpita como una capa que oculta a un hombre que se ahoga.

Entre esto y Nueva York yace el océano. El océano es un espacio libre entre lo viejo y lo nuevo. Cuando tomas un barco das un salto incalculable. Si en lugar de una semana, el viaje durase un mes, el propio barco, para no mencionar a los pasajeros, se desintegraría. Llegaríamos a Bolonia o a Nueva York, como una carga de hortalizas echadas a perder. Nadie podría volver a reconstruirse. Un viaje de muerte sin beneficio de transfiguración.

Avanzando por el bulevar Sébastopol al caer la tarde me siento algo echado a perder. Traigo a París mi cadáver un tanto putrefacto. Todavía no he encontrado mi alma...

Sólo hacia la medianoche, sentado en la casa de Roger, vuelvo a ser yo. Estamos sentados frente a la ventana abierta. El cuarto está casi vacío de muebles. Miro la ciudad de París... con dos ojos claros. Sólo el espacio que abarca una ventana; pero es París. Ahí también debe estar el bulevar Sébastopol. Tal vez una de esas calles flexibles, rasgadas, que salen errantes del follaje denso que está más acá del bulevar Sébastopol. Tal vez pululen los mismos hombres y mujeres. Tal vez estén harapientos. Tal vez no tengan calzado. Aun si lo que digo ocurriese, ya no podría ser verdad. ¡Ahora, no! El objetivo está corregido. Ahora veo bien. No ya nada que sea externo: ni las paredes, ni la ropa, ni el cuerpo mismo. Veo un glóbulo enorme que nada en la sangre del animal grande que se llama HOMBRE. Este glóbulo es París. Lo veo redondo y pleno, siempre y el acto el mismo glóbulo. Sí, cerrando la persiana, a través de la más insignificante rajadura diviso la espalda de un hombre, veo la forma y el sitio en que éste se vincula con el glóbulo total. Que se yerga o que se agache, siempre será una espalda, la espalda de un hombre. Su espalda nunca se abrirá paso hacia el interior del glóbulo. El glóbulo se extenderá y expandirá, pero no se romperá. El glóbulo es siempre más fuerte que una espalda de hombre, más fuerte que el hombre mismo, más fuerte que diez millones de hombres que hagan fuerza a un mismo tiempo y en el mismo lugar todos ellos.

Estamos sentados en el pequeño estudio, ante la ventana abierta. El tren avanza bufando... el cinturón que circunda París. No ruge ni silba al pasar. Bufa únicamente. A través de un éter opaco parece moverse, a través de una atmósfera elástica que es la misma tanto arriba en lo alto del puente como en lo hondo de los pulmones. Una atmósfera en todas partes: tan difícil para la locomotora como para los pulmones humanos. La ciudad palpita en el calor del verano. El propio glóbulo parece estar encogiéndose. En nuestras espaldas sentimos caliente el aliento de la ciudad. Héme aquí en una habitación, con viejos amigos. Todo lo siento cercano, permeable, tangible, viviente y respirando. Siento la amistad misma, la esencia de la amistad que escapa despacio por la botella tapada, que se eleva hacia la envoltura del gran glóbulo que se encoge. Siento la cordialidad del vino y del alfanje cincelado que se yergue en un rincón junto a la ventana. Ahora digo lo que jamás dije en Estados Unidos: experimento una profunda satisfacción.

Hace un momento, cuando toqué el libro, advertí que esta profunda satisfacción no me había abandonado. Hasta entonces jamás había tocado libro de esa manera. Me parece estar tocando un viejo amigo. ¿Un amigo? Sí, repentinamente se abre paso en mi conciencia esta verdad: ¡estoy tocando a mi viejo amigo, el bulevar Sébastopol! ¿Cómo se entiende entonces que no haya reconocido en el acto a mi viejo amigo? ¿Es que el taxi estaba fuera del glóbulo, intentando en vano perforar su envoltura?

¿Estaba la envoltura posesionándose de todo, más y más, hasta parecer que nos ahogaba una etérea oscuridad? ¿Dónde estaba yo entonces? Ahora me encuentro dentro del glóbulo. Lo comprendí de pronto, sentado frente a la ventana abierta en el estudio de Roger. Entré por ósmosis. Me filtré entre las últimas horas de la tarde y la medianoche. Dentro... ahora lo sé. Sentado junto a la ventana, aquel primer vistazo lanzado al exterior, tal vez fue entonces, en ese preciso instante, cuando conseguí penetrar, introducirme totalmente, cuerpo y alma, el hombre total.

No puedo menos de volver a pensar en Estados Unidos. Ahora recuerdo una noche, en Nueva York, estando todos borrachos, cuando de pronto alguien soltó esta frase memorable: "¡pero todo el arte grande es local!" Es posible que nadie sea capaz de conocer en Estados Unidos lo que significa una frase como ésa. Para ser local debe haber un sentido de lugar, y debe haber un conjunto al cual se refieren las partes. Estados Unidos parece nuevo porque jamás hay un punto de comparación. ¡En realidad no existe Estados Unidos! Hay tan sólo millones de cosas desconectadas una de otra, salvo como una parte de una máquina se relaciona con otra. A las partes mismas nada parece nuevo; sólo un reloj viejo que ha dejado de marchar puede contemplar maravillado una pieza nueva y movable.

Ayer tuve que caminar por la rue Bonaparte. Me detuve en un bistro para preguntar la dirección de un cierto hotel. En el escritorio, la misma mujer que me saludó años ha. Pareció reconocerme. Yo parecí reconocerla. Sí, la recordaba bien, la recordaba de cuando tenía la barriga hinchada, cuando se reía tan de buena gana que temí que se le reventase un vaso sanguíneo. También recuerdo que concedía crédito a los estudiantes... y todavía reía de buena gana. Ahora, aunque pareció reconocerme, no me dirigió una sola palabra. Sólo aquella sonrisa ancha que tenía para todos ¡y que te pudras si estiras la pata mañana! ¡Me gusta! ¡Eso es francés!

Apenas hace un rato, caminando por el camino, me crucé con un hombre que estaba parado en un campo. Empuñaba una azada y estaba entreteniéndose con ella. Parecía solo y completo, una especie de chino del más bajo estrato social. Estaba a un lado del cerco y yo en el otro. Si me hubiese caído muerto allá en el camino, él habría seguido con su trabajo de azada. Creo que me hubiese metido en el hoyo hecho con ella. Bueno, de todos modos ¡me gusta! Casi lamento no haberme caído muerto... y haberlo comprobado.

Esto trae a mi memoria Mannheim, el día en que se puso a hablarme de China. Recuerdo sus palabras iniciales: "muy cruel". En esto he pensado mucho durante él viaje. He pensado en mis paisanos que son tan hospitalarios, tan francos y generosos, tan "sin rencor", como

dice Keyserling. Sí, son todo eso, pero también son crueles, mil veces más crueles que los chinos. Son los torturadores más inhumanos que el mundo ha conocido. Son crueles en la forma en que son crueles los niños. Pasan por encima tuyo para alcanzar un juguete nuevo...

Pasando por el León de Belfort observé el final de una pelea. Un hombre se asía de un taxi y gritaba al conductor. Estaba rojo de ira. Por detrás de su rabia (y la veo ahora con tanta claridad como si estuviese pintada en una bandera grande), está la palabra JUSTICIA. Jamás en Estados Unidos hubiese presenciado esa clase de ira. He visto peleas violentas, la brutalidad más repugnante, pero nunca la ira blanca de la justicia ultrajada. La palabra es desconocida, así como la sensación que la acompaña. La justicia obstruiría el tráfico. La justicia atascaría la máquina. ¡Luego, afuera! Me alejé sin molestarme en averiguar la causa de la pelea. Aquí es una pelea clásica, y la causa es lo de menos. Pero vi flamear la bandera... ¡y eso era lo importante!

Junto con la Justicia está la filosofía, y eso es lo que nos sirvieron en la cena esta noche. Esta noche tuve otra vez la sensación de estar hablando sensatamente. Me encontraba sentado en el comedor enmohecido hablándole a Anaís; Amelia, la idiota, corría de un lado a otro buscando pimienta. Supongo que en Nueva York yo también he debido hablar bien... de cuando en cuando. Pero nunca de este modo. Para hablar bien uno debe tener un auditorio comprensivo. Debe sentirse incitado a hacerlo. Como quiera que sea, estábamos sentados en el gran glóbulo, Anaís y yo, y nos bastaba con alargar las manos: todas las cosas de valor estaban a nuestro alcance. Amelia corría para acá y para allá: era como un ángel que trae temas nuevos en una fuente de oro. Amelia me trae toda una abundante fuente de pasado. Está ahí mismo, en la cocina... el pasado. No hace falta teléfono ni radio. No hace falta frigidaire. Al pasado no le hace falta hielo. Basta con curarlo y colgarlo donde le dé el viento. ¿Quiero yo reexaminar mi vida? Está ahí en la cocina y Amelia mé la traerá en una fuente, junta con la pimienta.

Pedí a Amelia qué trajese a mi viejo amigo, el Dr. Larsen. De los amigos que yo tuve en Norteamérica, fue el único que tenía la posibili-

dad de convertirse en una eminencia humana. Amelia lo trajo, junto con la pimienta. Ahora lo tenemos sobre la mesa, un pavo acabado de asar, y Anais le pone un corcho en la boca, el corcho que compró en Nueva York, en una tienda de cinco y diez centavos. Apenas el corcho está bien metido en la botella, las burbujas suben desde el fondo. Estamos poniéndole el corcho al Dr. Larsen. Las palabras suben desde el fondo en burbujas. Sé lo que dicen sus bosques, pero no lo oigo. Tal vez diga: "tener las manos limpias"... "los cimientos de la revolución"... "¡que venga la guerra!" Sus palabras están aprisionadas en la botella. Doctor, quiero que ahora me escuche. En algún lugar, usted tiene una pérdida. Hasta que se la repare jamás podrá convertirse en el gran ser humano que ya es. Se ha tragado el mundo entero y, si pudiera retenerlo así sólo un momento, una media hora, por ejemplo, usted sería grande, inmenso, colosal. Pero esa pérdida... ¡tiene que descubrir dónde está! Se está vaciando gota a gota. Todos los días sacrifica un millón de palabras. Sí, doctor, usted es un matadero de palabras. ¡Un matadero! Todo lo que dice sobre el mundo está bien. Correcto en todo. Pero hasta que se repare la pérdida, no cambiará ni un ápice. Está acostado en cama escuchando su propio corazón. Dice que su corazón anda mal, que un día puede fallar. Yo afirmo que miente. Su corazón enfermo es una excusa y nada más. Usted explota el corazón enfermo en nombre de la revolución. Antes del accidente automovilístico usted estaba en marcha. No daba descanso a las piernas socorriendo enfermos. Bastaba su presencia para curar a sus pacientes. La gente sentía su compasión, su amorosa curiosidad. Ahora usted dice que la compasión no sirve de nada quiere esparcir inteligencia. Ahí es donde comete un grave error. Sé que le gustada oponer alguna objeción, pero no voy a permitirselo. He puesto el corcho y pienso dejarlo. Mire, en la otra habitación hay una biblioteca. Miles de libros... y ninguno que lo pueda curar. Es curioso; estaba pensando en eso hace un momento, de pie frente a un libro cuyo título me llamó la atención: "Un Malade Immortel". Pensé en usted, en la revolución, en todo el pueblo de Estados Unidos que ahora se agosta en la agonía de una bendición como jamás tuvo el género humano. Doctor, despreocúpese de la difusión de

la inteligencia. El mundo es bastante inteligente; más aún, demasiado inteligente. Un poco más de compasión, eso es lo que se necesita. Es mejor estar equivocados, es mejor ser injustos, que volver la espalda a la compasión. Hace un momento, como dije, rondaba en un sentido y otro, mirando fugazmente los títulos de los libros. Para mí son viejos amigos, y la mayoría de ellos jamás los he abierto. La mayoría de ellos jamás los abriré, estoy seguro. Pero elegí un libro, ¿no? Elegí Bubu. Y leí algunos párrafos tomados al azar... lo suficiente para que me dure el resto de mi vida. Estoy seguro que si usted tuviese Bubu en la mano dejaría de andar en taxis y a pie recorriendo las calles todo el día. Aquí le quiero enseñar una ilustración del libro. ¿Ve ese barquito que pasa bajo un puente? Es un bateau mouche, y el puente es el Pont au Change. En esta misma página dice: "Sommes-nous á Paris? Nous sommes en haut des airs, dans un pays de l'eau, mais dont l'air gronde comme des voitures qui roulent." Es la hora del crepúsculo y Maurice y el Gran Jules pasan por frente a un bistrot. "El Gran Jules se recuesta en Maurice, que es Bubu de Montparnasse. ¿Y dónde está Montparnasse? Eso no importa... Bubu sigue vivo, y el año 1890 tiene algo que ver con él. ¡Nadie puede arrancarlo del calendario!. ¡Es un año sabático!

Te digo todo esto porque durante la comida discutimos acerca de la misión del médico. Igual que todas las otras cosas que pertenecieron al mundo humano, el médico desaparece rápidamente. ¡Otra vez los altos edificios! No hay manada que cuidar, no hay rebaño de que preocuparse. No tiene órbita y por lo tanto carece de lazos. No tiene obligaciones ni simpatía. No se molesta ya en curar... lo único que le interesa es explotar sus teorías particulares. Le interesa la teoría de la medicina, no el arte terapéutico. Médico grande fue el doctor de la familia que no distinguía su culo de su codo, pero siempre acudía con su maletín y algunas píldoras, y cuando te posaba la mano en el pulso ya te sentías mejor. El charlatán moderno ni siquiera es capaz de curar a su propio hijo. Nadie tiene fe en él, ni él la tiene en sí mismo. Resucita gente y lo escupen a los ojos. Muere por exceso de trabajo en la flor de la vida. Su vida se consume en un vacío, de modo que al morir no deja nada

que limpiar. Yo no podría ofrecer una sola prueba de esto, salvo que es así... ¡un hecho!

¿A qué viene esto? ¡Ah, sí! La compasión. Caminando por la rue Bonaparte el otro día, por mucho que parezca ilógica, recapturé el espíritu de la cuestión. Cuando andas por esta calle sabes que lo que los intelectuales dicen todo es mierda: que el arte está muerto, que no hay público, etc. Esta pequeña calle es prueba de lo que digo. Cualquier cosa que se diga en ella es mentira. Esta calle te permite vivir. El día en que camines por ella comprenderás de qué hablo yo siempre. Ese día la pérdida que tienes a un costado, o lo que sea, cesará. Te lo garantizo. De lo contrario, sería mejor que te pegases un tiro. Esto es lo último que digo a ti y a Estados Unidos. *Schöne Grüsse!*

Bueno, Fred, ¿qué tal ha estado? Voy a parar aquí y dejar que me llenes de alabanza, como si fuese caca. Cuéntales el genio que soy yo... mandado de Norteamérica.